

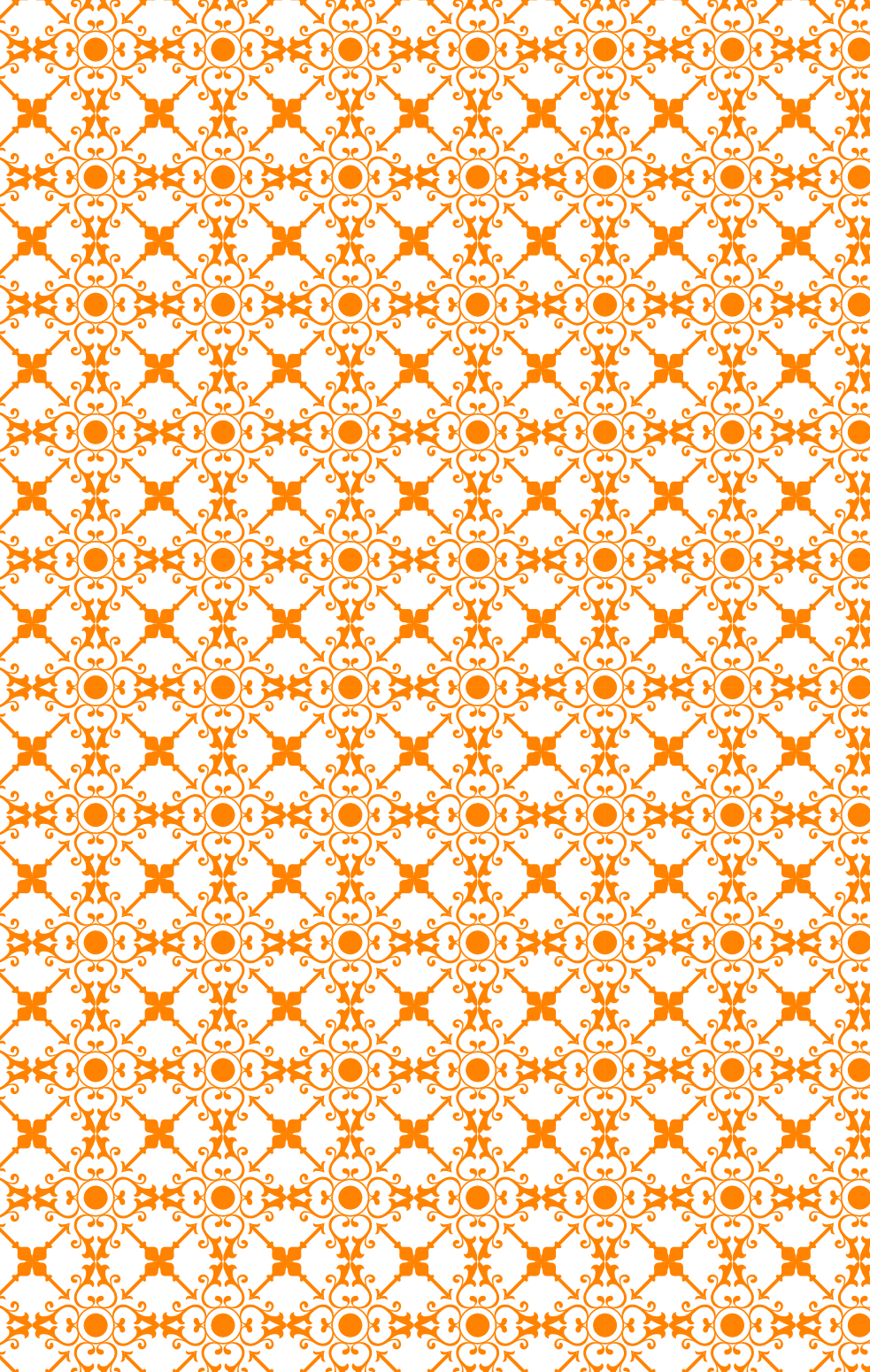
COLECCIÓN
◆ CAMINANTE ◆
FERNANDO DEL PASO

Baúl de cuentos extraños

Ana García Bergua



Programa Universitario
de Fomento a la Lectura



Baúl de cuentos extraños



Ana García Bergua

COLECCIÓN
◆ CAMINANTE ◆
FERNANDO DEL PASO

Baúl de cuentos extraños

Ana García Bergua



Programa Universitario
de Fomento a la Lectura



Ricardo Villanueva Lomeli
Rectoría General

Héctor Raúl Solís Gadea
Vicerrectoría Ejecutiva

Guillermo Arturo Gómez Mata
Secretaría General

Carlos Iván Moreno Arellano
Coordinación General Académica

Patricia Rosas Chávez
Dirección de Letras para Volar

Sayri Karp Mitastein
Dirección de la Editorial



Programa Universitario
de Fomento a la Lectura

Primera edición electrónica, 2019

Director de la colección
Fernando del Paso Morante †

Coordinadora de la colección
Carmen Villoro Ruiz

Autor
Ana García Bergua

Prólogo
Patricia Rosas Chávez

D.R. © 2019, Universidad de Guadalajara



EDITORIAL
UNIVERSIDAD
DE GUADALAJARA

José Bonifacio Andrada 2679
Colonia Lomas de Guevara
44657, Guadalajara, Jalisco
www.editorial.udg.mx
01 800 UDG LIBRO

Noviembre de 2019

ISBN 978-607-547-664-3



Este trabajo está autorizado bajo la licencia Creative Commons Atribución-NoComercialSinDerivadas 4.0 Internacional (CC BY-NC-ND) lo que significa que el texto puede ser compartido y redistribuido, siempre que el crédito sea otorgado al autor, pero no puede ser mezclado, transformado, construir sobre él ni utilizado con propósitos comerciales. Para más detalles consúltese <https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/deed.es>

Hecho en México
Made in Mexico

Estimado lector:

A casi una década de su creación, el Programa Universitario de Fomento a la Lectura Letras para Volar, se ha consolidado como una iniciativa de responsabilidad social de gran alcance. Este Programa atiende un problema social que se encuentra en la base de la educación y realiza acciones no sólo para el desarrollo de habilidades como leer y escribir en el ámbito universitario, sino que también promueve el placer por la lectura y el acceso a los libros.

Sabemos que existe una correlación positiva entre la cantidad de libros que se poseen y el desempeño académico; sin embargo, en México sólo una de cada cuatro personas tiene más de 25 libros en su hogar (Conaculta, 2016). Por eso, la Universidad de Guadalajara se ha empeñado en aportar tirajes masivos para hacer accesible la lectura, así como desarrollar una serie de actividades que promuevan el gusto por ésta.

Las colecciones literarias de narrativa, Caminante Fernando del Paso; de poesía, Hugo Gutiérrez Vega, y de ensayo, Fernando Carlos Vevia Romero,

expresan un mensaje que la Universidad de Guadalajara quiere transmitir a toda la ciudadanía: leer es importante, leer es placentero, leer es transformador, leer es posible.

¡Que ningún universitario se quede sin leer!

Ricardo Villanueva Lomelí

Rector General

Universidad de Guadalajara

Índice

9	Prólogo
11	Novia de azúcar
13	Segundo
18	Me dijeron que viniera con usted
23	Las piedras, los alfileres, los hielos, el vacío, el precipicio
29	Otra oportunidad para el señor Balmand
40	El imaginador
46	Aldana y los visitantes
51	La confianza en los extraños
63	El alma de Lecuona
80	Abracadabra
82	Flor de pluma (Tragedia <i>kitsch</i> en forma de diario)

Prólogo

Querida lectora, querido lector:

Cuando propusimos a don Fernando del Paso que esta colección de narrativa llevara su nombre, sugirió que mejor se la llamara “Caminante” en alusión al poema de Antonio Machado. Generoso como era, quiso compartir con nuestros estudiantes de la UdeG una serie de lecturas que les animaran y contribuyeran a su gusto por la lectura. Alcanzó a elegir los primeros veinte títulos. Sirva la continuidad de esta colección Caminante, que también lleva su nombre, como un merecido homenaje y agradecimiento por su legado.

Vivimos una época en la que los radicalismos se vigorizan y acentúan; la intolerancia, la falta de respeto y reconocimiento a la otredad se muestran sin pudor en forma de xenofobia, racismo, homofobia o misoginia; el estigma es su raíz y la violencia su manifestación en diversas formas. En el caso de las mujeres, pese a que representamos la mitad de la población, existe una marcada inequidad en todos los ámbitos, y se padece violencia de muchos tipos que tiene su culmen en los feminicidios. Educar en la integración, la igualdad, la inclusión y el respeto implica reconocer las diferencias, las inequidades, dar la voz y empoderar a quienes han padecido la invisibilización y el silenciamiento.

Por ello, celebro que la poeta y escritora Carmen Villoro Ruiz, en tanto coordinadora de esta colección, haya sugerido que los diez títulos que ahora presentamos sean las voces de escritoras mexicanas contemporáneas; propuesta que fue acogida con gran entusiasmo por el Comité Editorial de Letras para Volar: “Se trata de la mujer de nuestro tiempo: inteligente y crítica, sensible y propositiva.” Carmen dixit. De este modo, damos voz, empoderamos, visibilizamos y educamos en la equidad e integración. Sirva esta decisión también como un homenaje a Lucinda Ruiz Posada cuyo activismo intenso por la justicia social brilló bajo la intensa luz de la discreción.

Patricia Rosas Chávez

Directora de Letras para Volar

Novia de azúcar

A Rosenda la atraje con unos cirios rodeados de grandes rosas que había colocado en el altar de muertos. Ese año se me ocurrió adornarlo sin incienso ni calaveras; más bien parecía, me dijeron los vecinos, un arreglo de boda, debido al pastel, a la botella de champaña en vez del clásico tequila o la cerveza. En medio acomodé el retrato de Rosenda, otro más que encontré en el baúl de mi abuela. Supuse que había sido pariente nuestra, y que por algo merecería regresar.

Me metí a la cama y fingí dormir durante varias horas. De repente, en la madrugada, escuché ruidos como de ratón. Junto al altar me encontré a Rosenda comiendo con glotonería el pastel de bodas. Su sayo blanco, algo raído ya, ceñido a la cintura y escotado de acuerdo a la moda que le tocó vivir, estaba manchado de crema y migajas. Nadie la había traído jamás, me dijo, desde su muerte; siglos creía llevar sumida en una oscuridad con olor a tierra. ¿Cuánto tiempo ha pasado?, me preguntó sorprendida. No demasiado, le respondí, sin aclararle cuánto. Era una mujer muy bella, de carne generosa, con una llama de temor en la pupila. Contra su pecho estrujaba unos crisantemos de tela. Le preocupaba que éste fuera el Juicio Final, que nadie la fuera a perdonar por sus muchos pecados. No te apures, susurré, quitán-

dole el ramo, yo te perdono. La ceñí por la cintura y descorchamos la champaña. A cambio de que me escuchara y de poder tocarla, le ofrecí saciar la sed y el hambre de tantos años. Con eso basta, me dijo ahíta, cuando pasadas las horas empezó a clarear el día. Luego se dispuso a regresar a su tierra ignota, pero yo la encerré con llave en el armario, sin hacer caso de sus gritos ahogados y sus lamentos. Me convertiré en polvo, lo queramos o no, gritaba entre sollozos.

Dejé pasar el día completo, hasta que el armario quedó en silencio otra vez. Mientras, me ocupé de desmontar el altar con cierta ceremonia. Al ocaso, dispuesta ya la cena en la mesa y descorchado un tinto que recordaba a la sangre, decidí sacar a mi muerta del armario, seguro de encontrarla dormida y hambrienta. Pero cuál no fue mi decepción: entre los chales de seda blanca de mi abuela yacía tirada, como empujada por el aire, una calavera de azúcar que llevaba el nombre de Rosenda en la frente de papel plateado, y que se me deshizo en polvo entre los dedos.

Segundo

Extraño a Segundo, me aburro tras el vidrio. Sé que no será fácil que me toque a mí: correoso, me han dicho, descarnado. Cada vez me tienen que arreglar más, me enseñan danzas complicadas. Incluso ahora canto una canción muy alegre, dicen, aunque no la entiendo; me obliga a forzar la voz y me sangra la garganta.

Segundo y yo no hablábamos mucho, casi no nos dejaban. Nos entendíamos con gestos. Segundo veía de reojo al hombre gordo y eso le bastaba para hacerme reír. ¡Cuánto tiempo estuvimos así, en medio de los otros, hablándonos con los ojos, con las manos! También recuerdo a la rubia; muy blanca, de gesto afable, conmovedor, las mejillas como dos manzanas. En seguida la escogían los de afuera, la pedían con hambre. Pero en cuanto la veían bailar encima de la mesa, descubrían las manchas. Tenía unas manchas muy feas detrás de la rodilla. El dueño les aseguraba que se podían quitar, era cosa de prepararla bien, pero todos desconfiaban, especialmente las mujeres, siempre temerosas de que los niños se intoxicaran. Yo también desconfiaría: ¿y si las manchas se extendieran a todo lo demás, si se contagiaban? Finalmente hubo uno que la quiso para él solo. El señor no lo podía creer. Ya casi la iba a vestir del todo, como a algunos de nosotros, tapados con pectoral y calzón de brillantes,

muy adornados. Nos pinta el cuerpo, lo maquilla de rosado. A veces nos da frío y el dueño nos pone unas capas, pues la carne de gallina desalienta a los clientes, les hace pensar en pollos, en aves. Los clientes quieren la carne muy roja y casi cruda.

Segundo y yo intercambiábamos señas, codazos, cuando veíamos que escogían a uno: nos tomábamos de la punta de los dedos mientras lo hacían desfilas cantando. Después, cuando se había subido a la mesa y los comensales lo acariciaban, nos acariciábamos nosotros también: con el humo del incienso nadie nos veía, los ojos de todos fijos en el elegido, poseídos de hambre, deseo y locura. A veces, justo en ese momento, el elegido empezaba a temblar y el mismo dueño, ataviado con un turbante, le ofrecía en un cuenco una bebida, o algo de fumar, para que se tranquilizara. En ocasiones se desplomaban; eso no le gusta a nadie, ni al dueño, ni a los clientes. Pasó con aquel tan musculoso, negro y brillante, y ya no lo quisieron. El dueño tuvo que esperar a que otros lo escogieran. No fue difícil, estaba hecho para esto.

El dueño prefiere llevárselos en seguida a la cocina, apenas se quedan con los ojos entornados después del primer trago o la primera fumada de sus hierbas. A Segundo lo hacía reír esa parte. Como no veo bien de lejos, me contaba después lo que había pasado, ya en la noche. Y cuando nos dejaban dormir y estaba todo oscuro me lamía, aprovechando que no nos veían ni los

otros, ni el dueño. Y yo lo montaba después. El dueño es muy quisquilloso, todas las noches se da una vuelta por la enorme habitación donde descansamos; nos vigila, nos exige dormir, no le gusta que pasemos la noche en vela, tocándonos o mirando a los peces que nos miran desde su pecera, porque si no, dice, nos ponemos muy pálidos.

Antes de sentarse a esperar, los clientes nos estudian bien: desfilan junto a la vitrina con ojos golosos. Sus mujeres, sus niños, nos señalan. Si los niños escogen a uno muy grande, los padres les recuerdan que no lo podrán acabar. El ambiente es engañoso; el dueño arregló muy bonitas las luces de colores que nos bañan de reflejos tras el cristal. Tenemos que sonreír, enseñar los dientes: todos traemos joyas incrustadas: mis tres dientes son de jade y plata. En cuanto nos capturan, lo primero que nos enseñan es a hacer poses para atraer. Nos pellizcamos un poco para vernos rebosantes. Al final escoge el hombre, me han dicho. Es un lugar familiar, pero en las noches vienen hombres solos o parejas. Es cuando los dejan acariciarnos antes. Con las luces no distinguimos bien la parte de afuera. Me gustaría ver las caras de los clientes, pero soy muy miope.

Antes no me interesaba tanto, porque estaba con él. Mientras bailábamos en la vitrina, Segundo me hacía cosquillas sin que nadie lo notara. Yo debía disimular, seguir bailando. Era su manera de estar siempre conmigo. En la noche quedábamos trabados como

dos siameses. Le puse Segundo porque un día escuché que era el segundo; lo habían encontrado en un baldío. Cuando me atraparon, llevaba mucho tiempo perdido en las ruinas y no sé si tuve un nombre alguna vez.

No entendimos bien cuando lo escogieron, los dos correosos, pasados ya; en el fondo, confiábamos en que quizá nunca lo harían y terminaríamos ayudando al dueño, como hemos visto hacer a los dos ancianos con piedras incrustadas en las rodillas, esos que parecen estar al borde de la muerte: cortan, tasajea, preparan sin deseo, ni apetito. Pero escogieron a Segundo. Una pareja se lo quedó mirando con fascinación. Quizá vieron lo que yo veía en él: sus pómulos alegres, los ojos que sonreían un poco enrojecidos, de animal salvaje. Al principio no entendimos, hasta que los demás nos avisaron mientras bailábamos. Por un instante pensamos que las sonrisas de aquella gente eran para mí, pero después el señor llamó a Segundo, le hizo la seña que conocemos. Y lo vi bajar de la vitrina todavía alegre, sin dejar de mirarme. Se alejaba hacia aquella mesa y aunque me esforcé mucho no pude distinguir cómo se movía, qué impresión les causaba. No sé qué me hizo suponer que más tarde él me lo contaría todo.

Después me dijeron los otros que le temblaron las piernas y volteó hacia la vitrina, llorando. El dueño le dio de fumar y se desplomó, pero aun así lo quisieron. Se acabaron casi todo esa misma noche, eran voraces, celebraban un cumpleaños. En realidad, no me di cuen-

ta de muchas cosas, pero cuando lo supe, no lloré. Me deslicé con mucho sigilo a la cocina en la noche, agarrándome de las paredes húmedas, resbalosas, para no caer. Desnudo, para no estropear mis ropajes. Y en la mesa del viejo cocinero vi, tendido, lo que habían dejado de Segundo. Era como si yo estuviera ahí también. Lamí sus huesos, como seguramente él hubiera hecho conmigo, y regresé a mi lugar. Así me despedí.

Extraño a Segundo. Me aburro tras el vidrio. Cada vez me parece más difícil que me toque a mí, correoso me han dicho, flaco, manchado, cada vez me tienen que arreglar más. Ya casi no como, me muevo poco y triste, el dueño dice que terminaré limpiando, porque nada me sirve ya, ni siquiera los ojos. Y yo que lo quería ayudar, como esos dos ancianos que no se mueren nunca.

Me dijeron que viniera con usted

Arriba del edificio se pueden distinguir tres figuras: una que representa a la Coatlicue, otra a la señora Ramírez —hecha con un maniquí—y, finalmente, un águila con las alas bajas, como impulsándose para tomar el vuelo. Da algo de miedo acercarse, sobre todo por el olor ácido, como a podrido, que desprende el conjunto. Al dejarte entrar, luego de obligarte a jalar un mecate azul varias veces, el portero te manda que te sientes en un sofá de plástico que está en un rincón del patio, junto a un lavadero. De su covacha sale con un huevo en la mano, ya negro. Te lo pasa varias veces por todo el cuerpo. No debes protestar, más bien te dejas. Si no nota nada raro, te dice que está bien y te rocía con un spray que huele a lavanda. Luego te indica las escaleras. Piso dos, dice, a la derecha. Subes y no debes dejar que te tiemblen las piernas porque es mala suerte. Subes y hay una rata muerta en el descanso, no la mires. Subes y llegas a un pasillo con el piso de mosaico nuevo, algo resbaloso.

A la derecha tan sólo hay una puerta, mitad metal y mitad vidrio. El vidrio está tapado por adentro con una cortina de tela burda y flores rosas. Una señora abre la puerta. Trae un trapeador en la mano y te indica que pases por un lado en lo que se seca el piso. Ahorita sale la señora Ramírez, contesta sin que le hayas pregunta-

do nada. Te sientas en la silla de un comedor, el mantel lleno de migas y manchas de salsa. El platito de la salsa sigue ahí, con una cuchara de plástico blanco sumergida en su totalidad. Atiendes los murmullos al fondo de un corredor, distingues dos voces. Una será la señora Ramírez. Le preguntas a la que trapea si tardará mucho, pero no te contesta. Aunque tarde una eternidad, no te queda sino esperar, lo tuyo es así. La pared está llena de fotografías. La señora Ramírez figura en todas, vestida de mandil. Hay una foto con Raúl Velasco, varias con extranjeros a los que no reconoces, otra con Luis Aguilar, con Silvia Pinal, con políticos (¿o serán empresarios?) cuyos nombres se te revuelven en la memoria. No te preguntes qué vinieron a preguntar, todo México ha estado aquí. O sí, pregúntatelo, porque tarda mucho, allá al fondo no ha parado de hablar. Está dando indicaciones a alguien sobre un mandado. Los tienes que escoger bien, dice, si no, se pudren enseguida. Curiosamente todo lo que te rodea parece estar un poco podrido, pasado. También te sientes así, con el problema que vienes arrastrando. Pero pronto te lo sacarás de encima, no hay cosa imposible para la señora Ramírez, te dijeron.

La persona a la que le hablaba la señora sale de la habitación del fondo. Es un hombre horrible, grande, tosco, lleno de cicatrices. No se preocupa por disimular la pistola dorada entremetida en el pantalón. Tú preferirías no haber coincidido nunca con alguien así. Bajas

la mirada para que no te vea verlo, eso es lo principal, y decides que si no te dice nada, tú tampoco, pero si te saluda, le debes corresponder. Ni siquiera te mira. Pasa junto a ti como una enfermedad peligrosa, mientras te observas cuidadosamente las manos juntas y piensas que tienes las manos gordas. ¿Y ése?, le pregunta a alguien la señora Ramírez. Levantas la vista, ese que dice debes de ser tú. Algo se cierra por encima de tu cabeza, algo que creíste un cuadro y es en realidad una pequeña ventana en la pared, un hueco por donde te estaban mirando y no te diste cuenta. Me dijeron que viniera con usted, murmuras. La señora Ramírez te dice pasa, te apura, ándale, rápido, no tengo todo el día. Entrás a una especie de consultorio del IMSS, hay una camilla y una mesa metálica. Los tubos de los muebles fueron blancos alguna vez, pero en muchas partes se ha caído la pintura de aceite. Sobre la camilla hay unos periódicos extendidos, distingues el *Esto*, el *Alarma* con unas fotos espantosas. Te sientas encima de la foto de un niño atropellado. La señora Ramírez es muy chaparrita, su cabello tiene mechones de color. A ver enseñámelo, te dice. Te levantas la camiseta, le enseñas la cuchillada debajo de la tetilla izquierda. La cuchillada profunda, un tajo por el que ya viste cosas: animales que se arrastraban e incluso escuchaste agua correr. La señora lo examina con atención, le pasa encima los dedos sucios, las uñas pintadas de verde lonchería, luego escarba en el interior y saca una foto. Ese es, dice estudiándola, le

falta muy poco, ya casi viene, ni te afanes. Te pide que te acuestes. Vuelve a meter los dedos sucios por la herida, saca tus tripas y las echa en una palangana. Luego el corazón. Está morado, mustio, no se mueve. Así se pone, dice, como si te leyera el pensamiento. Luego de eso te cose con una aguja, unas puntadas grandes de estambre, y te maquilla bien, te peina. Mírate, dice, así te están mirando ahora. Oyes llorar a tus hijos y a tu mujer, lo ves también a él, que se persigna hipócrita y se escurre entre la gente. Ya le falta poco, dice la señora Ramírez, no tarda. Luego te pone emplastos de jamai-ca por todo el pecho y sientes una felicidad picante, te lloran los ojos y te arde la garganta. Ahora sí ya estás, te dice, ya te puedes ir.

Sales del edificio y caminas por la enorme explanada, oyendo las campanas, los claxonazos, los disparos. Sin embargo, ya no sientes el miedo, ya no hueles nada y estás feliz. Eres casi puros ojos. Con ese sentimiento cruzas varias calles vacías, de persianas y cortinas cerradas y gatos que se escapan por las grietas. Hacia la derecha, hacia la derecha, te dijeron, como si fueras a tu casa, hasta que llegues a un parque donde hay unos árboles y unas piedras. Lo distingues atrás de otro edificio viejo y enorme de piedra en el que alguien dejó apoyada una bicicleta. Al fondo alcanzas a ver al barquero, la trajinera con flores secas que dicen tu nombre, el de la bicicleta sentado, como un pasajero más. El barquero no tiene rostro, pero sabes que debes hablarle. Me dijeron que vi-

niera con usted, repites. Él no dice nada, eso también te lo imaginaste, y sólo zarandea un poco la trajinera para acercártela. Saltas adentro y te sientas a esperar, hasta que salga, con el de la bicicleta. Éste te dice ¿a ver? Y le enseñas la herida. Él te muestra la suya también, un hueco muy grande en el costado por el que asoma el hocico un mapache. Y así se quedan, serios y contentos, esperando a zarpar.

Las piedras, los alfileres, los hielos, el vacío, el precipicio

Tengo los ojos cafés, será por eso que los ojos azules me parecen un prodigio, como venir al mundo con gemas, adornado. Es cierto que el color de los ojos modifica la mirada, aunque el sentimiento que la inspire sea el mismo en dos personas. Los ojos azules —será un lugar común decirlo— suelen enfriar la mirada, o desnudarla. Siempre he sentido que quien me mira a través de ojos azules lo hace desde un cristal, en el que él mismo se refleja. Son ojos de espejo, miradas reflejadas, son agua, son cielos, son siempre algo que no está ahí. En realidad, nunca sé quién me mira detrás de los ojos azules.

Yo no la conocí. El día en que me la presentaron me dio la impresión de que no había nadie adentro de su cuerpo. En realidad, me impresionaron sus ojos azules. Nos encontrábamos en una reunión, y alguien incluso se detuvo a elogiar aquel azul, un azul marino, pero no acuático, sólo oscuro.

Hay miradas con peces, verdosas. Son miradas que nadan adentro de sí mismas, un poco turbias, quizás, a ratos diáfanas y cristalinas, pero siempre llenas de peces, de algas, somnolientas. Pero ya dije que sus ojos no eran así, es una tristeza. No eran así. Eran helados, eran sólo una superficie.

Cuando me habló, cuando se dirigió a mí no me di cuenta al principio. Podía estarle hablando a cualquiera, era difícil saber. Preguntó si era verdad lo que yo acababa de decir sobre las editoriales francesas, me sentí aludido, asentí. Traté de continuar la conversación, como fuera, sobre lo que fuera, pero me costaba mucho trabajo mirarla a los ojos y aquello me avergonzaba. Yo miro a los ojos cuando hablo con la gente. Quien no me ve a los ojos me suele parecer cobarde, oscuro, no me gusta la gente así y suelo evitarla e incluso soy grosero con ella. Y ahora me encontraba yo en la misma situación que tanto detestaba, despreciaba incluso.

Lo que sentía era mucho miedo de ver aquellos ojos porque era como hablar con un ciego, con una ciega en este caso, era como hablarle a un estanque, a algo inmutable, muerto o hueco. Y su boca sí reaccionaba, sonreía, hablaba, era locuaz. El asunto de las editoriales francesas le interesaba mucho —y esto lo recalcó— porque justamente estaba entrando en contacto con algunas de ellas en calidad de traductora. Vivió mucho tiempo en Canadá ejerciendo aquel oficio. Qué duro, es un trabajo arduo y la paga es mala, comenté, mirándola a los labios, evitando ver las piedras de sus ojos, no lapislázuuli, no aguamarinas, sino casi grises de tan oscuros, y azules como el halo que rodea a las pupilas de algunos perros, eso pensé.

Cuando las personas se aman se miran a los ojos, pero cuando se quieren besar se suelen mirar a los la-

bios; ese gesto es parte del amor, si no es que su preludio, el momento exacto entre el antojo del beso y el beso mismo. Quizás ella me malentendió, aunque en realidad no había nada que entender, yo no miraba sus labios, su frente, su cabello, porque me atrajeran en lo particular, sino porque respondían, no como el espejo inmóvil y vertiginoso de sus ojos. Había alguien en ellos. Y no quería verla a los ojos, pero tampoco quería mirar al piso, evasivamente, como hacen los cobardes, los tímidos. Yo no lo soy.

Sus pupilas huecas tenían al centro dos puntos negros —eso no lo dije— que se enterraban en mis ojos, fijos, inmóviles, negros y concentrados, como las niñas de los ojos de los muñecos. Y eso era, quizá, que era como una muñeca y no parpadeaba, como las muñecas, o por lo menos yo no era capaz de ver que parpadeara, porque no la miraba a los ojos, y si acaso lo hacía sólo por un instante, por no ser tan descortés o qué sé yo, que ella no pensara que sólo la quería besar o que admiraba su peinado.

Me habló mucho de su trabajo como traductora en Canadá. Yo había insistido en que me contara para compensar un poco mi imposibilidad de mirarla a los ojos, por un lado, y también para no delatarme. Llegó un momento en el que sin darme cuenta sentí una especie de compasión, como si ella fuera ciega o algo así, como si aquellos ojos —que llamaban muchísimo la atención y que mucha gente se detenía a admirar— fuesen en realidad un defecto, un muñón, algo

que había que ocultar sepultándolo bajo un montón de naturalidad e intereses aparentemente mayores. Y me vi por momentos haciendo como que miraba aquellos ojos helados sin mirarlos, nublando la vista, sonriendo mucho, todo por compensar.

Y ella sentiría, por lo menos eso creo, que mi interés superaba lo normal, puesto que continuaba contándome cosas de Canadá y de las dificultades de traducción que hay del francés al español, idiomas en apariencia tan similares, hermanos de sangre latina, pero al paso de las frases ya me hablaba de otras cosas, no sólo de trabajo sino de su vida en aquel país, donde había pasado como cinco meses encerrada traduciendo en un cuarto y al cabo de ese tiempo había conocido a un Fulano, se había ido a vivir con él, habían roto al cabo de tres años y a raíz de la ruptura había decidido regresar a vivir a México. En suma eso era todo, la verdad no era que dijera mucho, sino que extendía su discurso con frases subordinadas, referencias, datos, detalles y descripciones, con lo cual lo que decía aumentaba considerablemente.

La sentía nerviosa, estirando lo que decía como una manera de no separarse de mí y en realidad yo mismo lo había provocado con mi actitud equívoca, mis miradas errantes por su rostro, bordeando sus ojos cuidadosamente como si temiera caer en el precipicio doble de hielo azul de sus ojos, resbalar en él, con el terror que ella —o sus ojos, ella no, en realidad— me

inspiraba. Mientras más trataba yo de evadirla, más daba la impresión de que quería conocerla mejor, saber más, y aquello propiciaba una charla sobre intimidades que no me disgustaban, pero tampoco me interesaban especialmente. Ella dejaba claras algunas cosas con todo eso: que era soltera y no creía en los hombres, pero no le disgustaría salir con uno, yo en este caso, sin compromiso.

Aquella era una proposición, con los términos claramente establecidos, en respuesta a unas supuestas insinuaciones mías que nacían de mi actitud, de mi necesidad cada vez más apremiante de separarla a ella de sus ojos, ya lo dije, como si fueran un defecto físico, pero también algo más, como si fueran insectos, algo difícil de decirle a alguien y de decir uno mismo, como “tienes dos tarántulas en los ojos”, o algo así, y pensar que ella era una buena persona y existía detrás, o en el fondo, o lejos de sus ojos. Cuando la miré a los ojos, decidido, tratando de detener esta locura, me vi a mí mismo reflejado en aquellos espejos azules oscuro, clavado como un insecto en sus pupilas, detenido por los alfileres de las niñas de sus ojos.

Tuve que cortar de tajo porque no lo soporté. La gente aparece en sus ojos, la gente suele estar en sus ojos, y ella desaparecía en ellos, estaba en todo su cuerpo menos en sus ojos. Me escabullí al baño con cualquier pretexto y salí con sudor en la frente, corrí a la mesa donde servían las cubas, me tomé una casi de un

trago y vi a lo lejos los ojos, otra vez, las piedras, los alfileres, los hielos, el vacío, el precipicio, todas esas cosas sobre ella buscándome, como seres extraterrestres adueñados de su rostro, de su cuerpo, de sus humanas intenciones de ligarme, algo sobrehumano, perverso. De sólo imaginarlos en la oscuridad, encima o debajo de mí, como fuera, me recorrió un largo escalofrío, de sólo imaginar la posibilidad de darle un beso con sus ojos mirándonos como dos intrusos.

Pero también me pareció espantoso confesar el terror que estaba sintiendo, y no quería pasar por loco ante nadie, ni siquiera ante una desconocida. Llamé a la anfitriona aparte, le expliqué un agudo malestar físico y soporté con paciencia los ofrecimientos de remedios, de que me acostara en su cuarto. De sólo pensar en hacerlo y que llegaran los ojos a asaltarme le dije no, creo que mejor me voy a mi casa. Y alegué malestares estomacales malolientes, desagradables, que finalmente lograron que la anfitriona me dejara ir sin despedirme de nadie, respirar en la calle el aire de la noche que era tibio, perfumado, y el olor de las acacias del jardín de enfrente.

Pero ya en mi casa, estando dormido, sonó el teléfono y eran sus ojos, quizás ella, para saber si me sentía mejor, si quería que fueran a cuidarme.

Otra oportunidad para el señor Balmand

Estaban sirviendo el postre cuando llegó el señor Balmand. Ya le habíamos señalado varias veces que, en nuestra pequeña asociación, la impuntualidad se consideraba un defecto, pero él parecía empeñarse en no hacer caso. A cada reunión llegaba tarde, esgrimiendo siempre los pretextos más descabellados: un improbable tropiezo de su caballo a mitad de la avenida Canelones, algún botón faltante en el vestuario que el reglamento imponía a nuestras juntas, una amarga discusión de último momento con su mujer o con su secretario. Como en todas las demás ocasiones, nuestro presidente, el señor Walpurgis, se limitó a señalarle su asiento con gesto firme y autoritario, y la sesión prosiguió sin mayor contratiempo, despachando con prisas lo que nos faltaba. Al terminar, el señor Walpurgis dijo, como en un descuido, que esta vez la comida no había quedado tan bien como la vez anterior.

El Gran Maestre de Cocina, señor Gargantúa, se justificó diciendo que no había podido disponer de ingredientes tan exquisitos como en otros días. A cambio de ello, declaró, el platillo principal fue preparado con mucho mayor esmero en esta ocasión, gracias a que su equipo de cocineros realizó un peligroso viaje a la

región de Lüdsck para conseguir la escasa planta *canniculata borunda*, o hierba de ratón, la cual solía añadir un gusto exquisito a todos los guisos. Entonces el señor Walpurgis dirigió al señor Gargantúa una de esas miradas que paralizaban del terror. Limítese a pedir una disculpa, señor Gran Maestro de Cocina, ordenó. El señor Gargantúa bajó los ojos y presentó sus más sentidas excusas, que constaron en actas.

Después el joven Raskolnikov, chupando distraídamente la cucharilla de plata de los postres, preguntó si seguiríamos permitiendo al señor Balmand llegar tarde: esta ya era la decimotercera vez que lo hacía. Al joven Raskolnikov varios le tenían miedo. En primer lugar, porque tenía un gran ascendente, ciertamente un poco misterioso, sobre el señor Walpurgis, y no habían faltado camaradas castigados por faltas de lo más leves a causa de su insistencia en acusarlos como si hubieran cometido grandes crímenes. Por culpa de estas exageraciones, había quien se encargaba de esparcir por toda la ciudad la maledicencia de que nuestra asociación, cofradía o club, era una tribu de salvajes. Ciertamente, una vez adentro era imposible escapar a los compromisos contraídos, pero a cambio de ello teníamos grandes ventajas de exclusividad y cada miembro podía asegurarse en su fuero interno (pues nuestras actividades se desarrollaban dentro de la discreción más absoluta y, de ser posible, en el mayor silencio) que tenía en cada cofrade a un verdadero hermano, y en nuestro presidente a

un padre benévolo y comprensivo que tarde o temprano nos ayudaría a lograr todo lo que deseáramos en la vida, incluidos aquellos caprichos imposibles de confesar en un teatro, por ejemplo, sin verse rodeado de prejuicios arcaicos e incompreensión.

De modo que nuestro fogoso joven insistió: ¿Nos vamos a levantar así?, ¿vamos a permitir que el señor Balmand siga llegando a la hora que se le antoja, como los grandes terratenientes y los banqueros austriacos? Tenía los nervios crispados y la cabellera revuelta de agitación. Fue la primera vez que vimos al señor Balmand ponerse pálido, en lugar de mirar su sortija de zafiro y musitar en sorna “bla bla bla”, en tono molesto e indiferente, como solía hacer siempre después de los arranques de Raskolnikov, provocando en algunos de nosotros ataques de risa que teníamos que ir a desechar al salón fumador por improcedentes. Esto se debió a que el señor Walpurgis, en lugar de levantar en silencio su imponente humanidad y encaminarla a la puerta, como era su costumbre, se quedó sentado. Luego declaró: Está bien, señor Raskolnikov, acabemos con este asunto de una vez por todas. Haga usted formalmente la acusación. El joven Raskolnikov se levantó con solemnidad y repitió la fórmula acostumbrada: Yo, Fulano de Tal, acuso al señor X, miembro de esta asociación, de tal o cual cosa. Así se debía hacer, manteniendo el brazo en alto y mirando hacia el Purgatorio, donde estábamos seguros de que se encontraba el fundador de nuestra

secta, club o grupo, el señor Índigo Brailovsky, insigne swedenborgiano. De tanto acusar, el joven Raskolnikov levantaba el brazo ya con mucho estilo.

Mientras tanto, los demás nos ocupábamos de mirar el reloj, pensando en todas las actividades que posponíamos involuntariamente a causa de los caprichos de este enjundioso muchacho. Estoy seguro de que nadie de nosotros deseaba mal alguno al señor Balmand. A cambio de su impuntualidad —cuyas causas cada vez más fantásticas le daban variedad a nuestras vidas, hay que reconocerlo—, él solía allegarnos cuantiosos recursos de la barra de aristócratas en retiro y se encargaba de que el servicio de los meseros estuviera siempre lleno de detalles exquisitos: flores, uniformes sorprendentes, susurros que al servir la sopa le añadían sabores insospechados. En suma: el señor Balmand era un hedonista, ciertamente, pero a fin de cuentas su arte nos beneficiaba a todos. Esto fue lo que esgrimió el señor Luna, Gran Abogado, cuando tocó el turno de hacer la defensa del señor Balmand, recibiendo el apoyo entusiasta de nuestro vicepresidente.

Sin embargo, el joven Raskolnikov insistió en su acusación: peor aún, dijo, si el señor Balmand se jactaba de ser un miembro benéfico de nuestra secta o comunidad, el hecho de que se tomara tan cínicamente la libertad de llegar tarde hacía pensar que consideraba a la asociación inferior a sus colaboraciones, y por lo tanto, se estaba burlando de nosotros. El señor Bal-

mand se cree el dueño de esta cofradía, se siente un hombre mejor y más poderoso que nuestro queridísimo presidente, remató, dando un sonoro puñetazo en la mesa que a varios nos crispó los nervios y mirando con arrobo delirante al señor Walpurgis, que ciertamente, si algún defecto tenía, era el de la vanidad.

La calma clásica del señor Walpurgis se vio turbada por este último comentario. Un destello de ira brilló en su pupila violeta. Como ya había terminado la exposición de los motivos acusatorios, y la de los argumentos de la defensa, los concurrentes callamos a la espera de la usualmente sabia decisión de nuestro superior dirigente. El silencio fue tenso, y sólo lo rompieron las regurgitaciones, producto de la opípara comida, y el meneo nervioso de algunos traseros sobre algunas sillas. Finalmente, el señor Walpurgis anunció: Es una pena prescindir de usted, señor Balmand. Una verdadera lástima. Luego miró hacia el purgatorio, con gesto desolado. Todo ello constó en actas.

¡Había sido tan tolerante con otros miembros! Por ejemplo, el caso de aquel que llamábamos señor Gitano o Gaulois, por lo mucho que fumaba. Su condena se debió a su mal humor incesante, a sus protestas, quejas, farfulleos y eructos en todas nuestras comidas. Todo le parecía mal. Nunca se terminaba el postre. Decía en voz alta que pagaría por poder salirse de nuestra asociación, e incluso gritó en alguna ocasión que estaba harto de esta manada de monstruos. Bueno, en ese

caso, y después de haber tolerado esa actitud durante varios años —pues era primo del señor Raskolnikov, hay que decirlo—, el castigo nos pareció apenas justo. Pero el señor Balmand era un pan de Dios. En realidad, cualquiera de nosotros lo hubiera elegido como líder, claro, al culminar el mandato del señor Walpurgis. De todos se apoderó la melancolía, excepto del joven Raskolnikov, cuyo rostro se iluminaba con una expresión de éxtasis victorioso.

De repente, el señor Gargantúa —tan animoso de costumbre con los castigos, esta vez no se había movido de su sitio, los brazos caídos, el gesto desolado— levantó la vista hacia el señor Walpurgis y habló. Fue conmovedora su valentía. A sabiendas de que apelar a una condena ya establecida era de lo más riesgoso, dijo:

—Como cocinero, si en algo aprecia esta cofradía mi opinión, me atrevo a pedir otra oportunidad para el señor Balmand.

Nos quedamos helados, esperando ver la espada de Damocles partir la mesa alrededor de la cual tantas cosas habíamos comido y decidido en los últimos años. Pero fue más sorprendente aún lo que siguió: el señor Walpurgis decidió concederle al señor Balmand aquella oportunidad, a condición de que él mismo, sin la ayuda del señor Gargantúa, preparara el banquete del jueves próximo. Si la comida sabía mal, que era lo más probable, el señor Balmand desaparecería de nuestra asociación y, de paso, de la faz del universo.

Varios de nosotros palmeamos la espalda del señor Balmand al pasar hacia la puerta. Sabíamos que podía acompañar una comida de detalles exquisitos; en cuanto a prepararla con sus manos, dependía por completo desde pequeño de su cocinero egresado de la Escuela Real de Alta Cocina de Vladivostok. Era un artista de la vajilla y el servicio de mesa, por decirlo así, y un completo fracaso en el asado de liebres, perdices y corderos. Pedirle que cocinara era condenarlo ya de antemano. Así que atrás dejamos al señor Balmand, acompañado del compasivo señor Gargantúa, y del joven Raskolnikov, que seguía petrificado en su asiento, calibrando al parecer los alcances de aquella oportunidad que no había esperado. El resto de nosotros, conducidos por el paso firme y decidido del señor Walpurgis al portal, la calle y finalmente el mundo humano, nos separamos como de costumbre, cual perfectos extraños.

Aquella noche escuché gritos, y mi esposa Amélie soñó con un perro que le enseñaba los dientes. Mala señal.

Al jueves siguiente nadie se quería presentar a la comida. Según pude corroborar después, no fui el único que permaneció un buen rato, antes del desayuno, cavilando sobre la almohada dos o tres excusas plausibles para faltar, sin que la imaginación me traicionara. Sin embargo, todos terminamos acudiendo, un poco por compartir el pesar del señor Balmand, otro poco por curiosidad y también por miedo a acabar como él. Al lle-

gar, nadie quería verse a los ojos y mucho menos hablar. Hicimos los gestos ceremoniales de costumbre; el señor Walpurgis pronunció el pequeño discurso sobre la grandeza oculta de todas las almas, y acto seguido, al tomar su asiento en la mesa y mirar a su alrededor, preguntó por el joven Raskolnikov. Nadie sabía de él. El señor Walpurgis ordenó: esperaremos media hora. Según los estatutos, si un miembro de la congregación faltaba a la sesión, y no daba una explicación plausible, se le dejaba congelarse en el patio bajo la nieve, enteramente desnudo, durante una semana, al cabo de la cual tenía derecho a pedir perdón y sentarse a la mesa con el resto, si es que continuaba vivo. Fue media hora tensa, y poco pudimos decir en ella del perjuicio que representaba para la secta la baja de las acciones de algodón en que casi todos habíamos invertido nuestros caudales. Pero el joven Raskolnikov no apareció.

Como en todas las ocasiones, sonó una campanilla y alguien tañó un arpa detrás de las cortinas, tras de lo cual se presentó el señor Balmand con un turbante, a la cabeza de ocho meseros uniformados de azul. Con todo respeto, formados en una fila, manifestaron antes de la comida el disgusto y el temor que les provocaba el posible castigo del señor Balmand, que tanto bien había hecho por ellos, pidiendo al señor Walpurgis indulgencia frente a lo que iríamos a probar. Acto seguido, anunciaron que tomaríamos un entremés marino y un postre de la invención del señor Balmand, en homena-

je a la proverbial bondad del señor Walpurgis. El señor Walpurgis sonrió satisfecho, y hasta con delectación. Todos nos relajamos un poco. Después de desfilas al compás de la marcha de honor que se entonaba siempre en estas ocasiones, y tras la recitación inusitada de algunos poemas, los meseros sirvieron el banquete.

Al principio tuvimos miedo y repugnancia de lo que se nos fuera a presentar en el plato, pero conforme fuimos probando los *hors d'œuvres*, el consomé, la sopa, los espárragos, los ánimos subieron, hasta llegar a una tremenda exaltación. Era una comida altamente digestiva, ligera, aderezada con mucha creatividad y delicadeza. Se puede decir que era el mejor banquete que nuestra asociación hubiera probado en muchos años. Sabíamos además que alguien tan fino como el señor Balmand no hubiera hecho ninguna trampa. Eran sus manos educadas en Cambridge las que habían dispuesto los corazones de alcachofa, mezclado las salsas, limpiado de impurezas los hígados y corazones de ave. Eran sus manos blancas y regordetas las que se habían quemado en el fogón inmenso preparando el asado; un asado tan bueno, que hasta olvidamos la naturaleza del animal que comíamos: en realidad, podía ser un faisán, podía ser un lechón, podía ser una enorme perdiz o una ternera joven. Sentíamos tal satisfacción al masticar y saborear el jugo de esta carne magnífica, salada y dulce a la vez, que olvidamos incluso la baja de las acciones del algodón,

la huelga en nuestras fábricas textiles, y rememoramos tiempos felices, cuando le cumplimos al señor Spencer su enorme deseo de encontrarse totalmente solo en una habitación con seis tigres narcotizados, o el escándalo que provocó en las mentes estrechas de la ciudad el viaje en globo del señor Uriarte, completamente desnudo y con un enorme penacho en la cabeza. Cuando llegaron los postres, había lágrimas de felicidad, y el vino de las copas había entrado en nuestras cabezas. Qué postres: pasteles con crema, salchichas dulces, salsas de almendras y nueces, frutas exóticas... Incluso nuestro presidente, el señor Walpurgis, se animó a contar unos cuantos chistes. Despachamos la agenda de la semana con gran informalidad. Todos los asuntos pendientes fueron rápidamente aprobados. El señor Balmand asomó su cabeza enturbantada desde la puerta de la cocina, y lanzó una afectuosa mirada al señor Gargantúa, que no podía dejar de llorar de la alegría. Era la primera vez que alguno de nosotros se salvaba.

Aunque muchos habíamos olvidado de hecho la causa de semejante banquete, y parecíamos alegres camaradas de escuela, lo recordamos cuando al final el señor Walpurgis, al levantarse de su asiento y acomodarse la capa de plumas, exhaló un suspiro y exclamó:

—Sólo lamento la ausencia del joven Raskolnikov.

Los que estábamos hartos de tal joven nos limitamos a guardar un silencio hipócrita, pero el señor

Gargantúa, cuyas pupilas irradiaban entusiasmo, no se pudo contener de hablar.

—Lo bueno —respondió nuestro Gran Maestro de Cocina— es que el joven Raskolnikov está en nuestros corazones tan dichosos el día de hoy.

Al escucharlo, los demás experimentamos un enorme júbilo y nos dimos unos codazos discretos, sí que era verdad. El señor Walpurgis acarició el brocado que tapizaba el comedor con una mirada soñadora y melancólica, apta para una mujer.

—Una pena —añadió—. En realidad, aunque sé que algunos de ustedes lo han considerado siempre caprichoso e impulsivo, se trata de un joven delicioso.

Delicioso, delicioso, repetimos todos muy felices, poniéndonos los abrigos y calándonos los sombreros, mientras nuestro querido presidente nos guiaba, con su infinita sabiduría, hacia el portal, donde nos despediríamos como siempre: como unos perfectos extraños.

El imaginador

Ya son varias las horas que llevo aquí en el linde entre este zaguán y la calle, sin poder salir pues la lluvia no para. He visto cómo la gente se aventura en el aguacero con la esperanza o la desesperación de llegar a alguna parte que no sea este zaguán inhóspito al que por cierto nadie entra, ni un habitante del sórdido edificio que semeja una bóveda llena de nichos cerrados alrededor del patio. No hay una sola luz en las ventanas y parece que dentro de poco, si la lluvia sigue, los departamentos de la planta baja quedarán anegados, su parquet verdoso manchado por el lodo que ha de reinar sobre las paredes y los muebles escasos. No es que los haya visto, pero lo intuyo. Llevo tantas horas aquí que no he tenido otro remedio que imaginar para matar el tiempo, imaginar qué hay en cada departamento, y sólo he podido concebir departamentos tristes, oscuros y olorosos a guisos recalentados, pero llenos de niños. Parvadas enteras de niños correteando por salitas diminutas, destrozando los tapices y los enseres de plástico sin que haya alguien con tiempo o convicción de detenerlos, ni siquiera con interés. Y me intriga pensar qué están haciendo ahora esos niños, dónde están sus madres solitarias o sus padres desesperados, dónde estará la mujer que, supongo, vive en el departamento tres —el más pequeño— y se-

guramente arraiga como puede a sus amantes a esa diminuta y asfixiante habitación hasta que salen empavorecidos dejándole como recuerdo unos cuantos pesos, o unos gruñidos sonrientes mientras le hacían el amor.

En el cinco ha de vivir una viejita porque hay flores y un canario que está a punto de morir en este instante, pues nadie cubre su jaula. En el ocho no hay ni siquiera una cortina en la ventana junto a la puerta bien cerrada que desinvita: un hombre ha de habitar esa penumbra que nada oculta porque nada enseña, un vendedor, un mecánico o un pintor despistado.

El agua ya me llega a las rodillas, y todas estas personas deberían de salir como hormigas de sus cuchitriles, pero sólo hay silencio y el canto de la lluvia que colma el patio. A lo lejos se ven las sombras de los buques, autobuses repletos de gente subida al techo, ondeando sus vestimentas como banderas. Afuera sí se escuchan gritos, gritos ahogados por esta lluvia que no termina.

Quizá los habitantes del edificio están todos en la azotea, pero el agua me ametralla el rostro al tratar de mirar hacia arriba y no sé, no puedo saber dónde están esos niños que seguramente, los días de sol en que el patio ha de ser rasgado por los tendederos, ensuciarán la ropa lavada con sus deditos pringosos, tirarán las sábanas al piso correteando alrededor de la ropa tendida, gritando y escondiéndose bajo las faldas de sus madres que los regañarán sin levantar la vista de sus manos callosas y afanadas en la espuma.

Probablemente la mujer del tres se fue a la iglesia y flota de rodillas entre las bancas sin dejar de pedir perdón por sus pecados, o bien sólo ha ido a visitar a su hermana que vive en un piso alto y toma con ella café soluble mientras lloran juntas por el último hombre que huyó de su dominio tan limitado, en el que su cama navegará golpeándose con los burós y el lavabo. Espero que la viejita no haya muerto aun, su cadáver bañado por la lluvia y el gato trepado en alguna viga sin tener por dónde escapar hacia una dueña que viva unos años más. Y otros gatos de los que forman pandillas en los edificios lo han de estar llamando por su nombre de gato, lo invitan a un cobertizo seco y con ratas que alguno de ellos encontró, pero el micho no puede salir, está condenado a perecer con su dueña.

No sé por qué sigo en este zaguán si el agua ya me llega al pecho. Será que a lo lejos sólo veo gente nadando y ambulancias que flotan haciendo sonar su sirena aunque de nada sirve que les abran paso. Avanzan tan rápido como el oleaje de la lluvia les permite, y lo mismo hacen los coches y los camiones. Da la impresión de que en la calle el agua está más honda, el edificio de enfrente está anegado y he podido observar con paciencia cómo rescató un camión convertido en lancha a los inquilinos de aquella mole que hunde sus mármoles en el agua con cierta gloria. Pero de mi patio todavía se alcanzan a ver los mosaicos verdes, así de límpida y poco profunda está aquí la lluvia. En este zaguán se ha de ha-

ber besado una pareja con desesperación, una pareja de desterrados buscando dónde ejercer su amor, hasta que seguramente la viejita saldría con su escoba para barrerlos de sus baldosas, con la misma indignación con que ha de barrer los vidrios rotos y las botellas de los borrachos, que a la mañana siguiente los niños miran con curiosidad mientras las madres gritan no toques eso te vas a cortar desde las cocinas grises y olorosas a huevos revueltos con jitomate. Pero siguen ocultas las madres con sus niños, los borrachos han de delirar en algún baldío y los amantes seguramente estarán ya separados, cada uno en su propia inundación.

Nado en el patio. Me asomo por la ventana del hombre y efectivamente veo un maletín que navega con la silla y la cama. Nada más. Toco a las demás puertas y nadie me contesta. He gritado y sólo recibo el eco de la lluvia. Braceo y me muevo con dificultad. Por suerte el agua está tibia y es una alberca límpida este patio. La coladera se dibuja clara entre mis pies. Cuántas cosas deben haber perdido los niños en esta coladera: canicas, pelotas, muñequitas de plástico que les regalaron a las más pequeñas en Navidad. Dentro de poco sólo podré salir buceando a la calle, el zaguán va a ser cubierto pronto por la lluvia. Y todos los chismes que escucharía ese zaguán de boca de las madres y las viejas se van a disolver, quizá los pueda escuchar, de tanto en tanto, movidos por las pequeñas corrientes que se forman en el agua verdosa. El canario flota inerte adentro de la jaula, y las plantas de la vieja

se ahogan en sus pesadas macetas. Pero no he logrado ver a la vieja por la rendija diminuta que deja abierta su cortina floreada. Por algunas ventilas empiezan a escapar los objetos de las casas, los cucharones que pendían de las paredes, los calendarios, platos de peltre. Una pelota roja escapa de la ventana del cuatro: hay niños, sabía que hay niños. Pero ¿dónde están? Yo avanzo con lentitud, no hago pie en la lluvia.

El segundo piso rodea con un balcón el patio. Me he encaramado a él sin gran esfuerzo, gracias al agua. Aquí hay más puertas y un letrero: “Se rentan habitaciones”. Pero no hay nadie, tampoco, y las puertas se abren con facilidad. Es un desfile de camas deshechas, podría decirse cómo durmió cada ocupante, solo, acompañando, inmóvil, angustiado, si hizo el amor o fantaseó en solitario. Los pliegues de las sábanas relatan lo que ha sucedido, cada mancha corrobora una historia. Puedo ver cuántos cuerpos yacieron en cada uno, qué hicieron, si alguien lloró solo o frente a alguien que lo hacía llorar, si alguien cenó en la cama, si dos desayunaron juntos después del amor, si tres bebieron y se ahogaron bajo una misma sábana, si cuatro fornicaron por turnos, si después llegó un quinto y hubo pelea, si seis mataron a uno o a dos. El agua ya trepa por la escalera que ha de haber sido prohibida a los niños de abajo, este piso es de adultos y de muchos, un desfile de hombre y mujeres que rentarían las habitaciones por días o por noches. Son pocas las pertenencias dejadas en cada

una, y las pertenencias confirman las historias: un cepillo de dientes para el solitario, las medias y los platos de los que hicieron el amor, las botellas y los vasos de los que hicieron fiesta, los cigarrillos de los fornicadores, los lentes rotos de los peleoneros y el vacío desolador que dejó el crimen. Todo está ahí, y las sábanas empiezan a acoger al agua, dulcemente. Las sábanas que han de haber respirado al ser lavadas por las madres de los niños, a diez pesos la docena.

En el centro del patio, centenares de objetos danzan en el agua verde y me saludan: ropa, enseres de cocina, revistas, artículos de baño y juguetes, muchísimos juguetes pequeños, baratijas. Los muebles se golpean contra las puertas a medio abrir. Trato de mantenerme a flote sin que nada me golpee, la lluvia insiste, persiste, hace corrientes, remolinos y el nivel aumenta, hasta que llego a una escalerilla de azotea. Subo y ahí están: todos juntos, refugiados bajo un cobertizo. Están las madres, algunos hombres, la viejita y los niños, muchos niños. Y cuando me acerco a ellos son amables, me ofrecen un refresco, están guarnecidos y preparados para varios días. A lo lejos, la ciudad ha quedado bajo el agua, ellos parecen haber recibido aviso, han sabido de antemano que la lluvia no quiere cesar. Y han encendido un fuego. Apenas me doy cuenta de que el edificio brega, avanza por las calles, y el hombre —el hombre solo del maletín— lo capitanea. Me invitan a sentarme. Dicen que, con suerte, en un par de días estaremos en Toluca y podremos anclar.

Aldana y los visitantes

En el departamento 32 vive el famoso y respetado escritor Aldana, célebre por sus relatos breves, copiosos ensayos e inspirados poemas. Aldana es también conocido por su timidez, que algunos de su generación acusan de estudiada, y porque aquellos que han ido a verlo a su casa a últimas fechas —jóvenes colegas, periodistas— comparten la misma experiencia intrigante y un poco angustiosa. La mujer de Aldana, una mujer fornida, de cejas pobladas, abre la puerta, señala al visitante un sofá muy cómodo entre libreros, adornos del África, plantas y jarrones, sirve unos refrescos y avisa que ahorita sale Aldana. Cinco minutos después aparece don Álvaro en su traje de escritor que anda por su casa: chaleco de lana, pantalón de tweed, boina cuando es invierno, calcetines a juego y zapatos cafés. Aldana se sienta frente al visitante en una butaca de pana marrón y da un sorbo al refresco que le ha dejado su esposa: una bebida de naranja, de color muy chillón. Luego intercambia con el admirador saludos, cosas generales, impresiones un poco cómicas del día presente. Cuando van a ir al grano —por ejemplo, cuando se le hace una pregunta o cuando un escritor le va a contar un problema—, Aldana se levanta y dice: espérame un momento. El visitante queda solo. Pasa por ahí una mujer alta y muy maquillada, bastante fea, de

pelo largo y negro, como de casualidad; ahorita viene mi hermano, avisa, y ofrece otro refresco o un tequila. El visitante los rechaza educadamente y vuelve a quedar solo. Pasan diez minutos largos, durante los cuales no le queda otro remedio que estudiar los cuadros y el librero del escritor con detenimiento. Por fin regresa Aldana, pide disculpas por la tardanza y conversa un poco más, encamina la plática a cierto punto de interés, generalmente político, y de repente vuelve a levantarse. Ahora vengo. El visitante pasa otro rato a la espera, que emplea ahora en hojear un viejo ejemplar de la revista *Impacto*, la cual se encuentra sobre la mesa de centro como por azar y mirando al gato de Aldana, que tiene la curiosa costumbre de maullar dormido. Por la puerta que da a la calle entra un joven —que podría ser Aldana en sus fotografías de juventud, aunque igual de gordo que él y con una gorra—, el cual le dice al visitante: está esperando a mi tío, ¿verdad?, y se va por el pasillo, como en su busca.

Al cabo de tanto tiempo, el visitante comienza a estar muy intrigado; cuando Aldana regresa, le pregunta si sucede algo, si tiene algún problema, le ofrece regresar otro día, quizá, cuando esté menos ocupado, con menos familia que atender. Aldana niega de un manotazo. Qué va... cosas... qué sé yo, nada de importancia, murmura. Mil perdones. Vuelve a ofrecer otra bebida al visitante: ¿un whisky en las rocas, un martini, una cuba libre? Es un preparador de cocteles habilísimo y los mezcla con gran maestría ahí mismo en la sala, donde tiene una pe-

queña cantina oculta detrás del librero y perfectamente surtida de todo lo necesario. Mientras vierte líquidos en la coctelera, Aldana cuenta varios de los chistes que lo han hecho famoso, aderezados con aforismos de autores clásicos. Luego se prepara un trago para él, una mezcla infame de tequila y refresco de uva con limón. El visitante se encuentra de lo más animado; tanto, que olvida las ausencias previas de Aldana. En el momento menos pensado, Aldana deja su vaso y vuelve a solicitarle un minuto. ¿Pues qué está enfermo, don Álvaro?, le pregunta, comedido y preocupado; si quiere lo dejamos para otra ocasión. No tardo, no tardo, se le oye decir desde el pasillo. Los que no le tienen tanta confianza se ponen una borrachera espantosa esperándolo; los que ya saben cómo es la cosa se acuestan a dormir en el sillón, hasta que sale una mujer rubia, fornida, vestida de blanco, que se presenta como la maestra de inglés de Aldana y les avisa que de momento se tendrán que retirar: don Álvaro no puede regresar a la sala, mil disculpas.

El visitante, por lo general, no se molesta: a fin de cuentas, es un privilegio encontrarse en la casa de Aldana, es uno el que debería pedir perdón por estarle robando el tiempo. Muchos regresan a verlo después, esperando que cambie la suerte, que la visita se realice. No hay enojo, pero la intriga se abre camino poco a poco: ¿qué le pasa a Aldana?, ¿qué irá a hacer en los tiempos en que deja solos a los visitantes?, ¿no querrá que nadie más lo visite? Pero si él mismo llama para

invitar, o les dice: a ver cuándo te pasas por casa a que te dé una entrevista, preparo unos coctelazos. En los cafés, en los bares y restaurantes frecuentados por plumíferos y reporteros, se cruzan las apuestas. Unos aseguran que tiene una enfermedad gravísima en la próstata y no le queda de otra que orinar con dolorosa frecuencia. No, cómo crees, dicen otros: ¿no te has fijado que siempre que regresa te dice alguna cita o alguna anécdota chistosa? Eso es porque va a consultar sus libros, la conversación le recuerda cosas que leyó antes y las busca: es un bibliófilo apasionado. Al final, cuando no regresa, es porque se queda leyendo, embebido, olvidado del mundo. Es un verdadero hombre de letras y no pierde el tiempo chacoteando como nosotros. Cómo crees, dicen otros, se va a dar agarrones con la mujer esa tan rara que tiene, esa que es igualita a él, pero con chongo, ¿no se han fijado? Pero cómo harían con el sobrino ahí, y la tía, y la maestra de inglés. Quizá todos viven una pasión incontenible ahí encerrados. El hecho es que nunca lleva a sus familiares a los cocteles, ni a las presentaciones, ni siquiera a su mujer, susurran unos en la esquina de la mesa. Yo, la verdad, a esa mujer tampoco la llevaría a ningún lado, se oye por ahí. Dicen que es ella la que diseña sus trajes de escritor en mesa redonda, escritor en el café, escritor en coctel, escritor en pijama de seda leyendo un libro y, el más elegante de todos, escritor recibiendo un premio, atuendos con los

que ha salido fotografiado en diversas publicaciones. ¿Han visto lo cuidadoso de su vestimenta?

La conversación se desvía y enloquece. Son esas cosas que bebe, a cualquiera le hacen daño, no es saludable, se burlan. O bien: te deja solo para reírse de ti en su habitación; cuando estás en el suelo de borracho, te toma fotos sin que te des cuenta. O: la familia lo tiene encerrado, eso es lo que pasa.

Dos o tres no dicen nada y cruzan los dedos debajo de la mesa esperando a que el tema de Aldana se agote pronto, o bien salga a la luz lo que realmente pasa. Son los que, desesperados, se han atrevido a levantarse para cruzar el pasillo larguísimo del departamento de Aldana en sus ausencias, con el pretexto de buscar el baño; han abierto la puerta del estudio y presenciado sus portentosas transformaciones. No lo van a contar, hasta que alguien más no lo diga. Pero ¿por qué nadie lo dice?, ¿será la admiración por el maestro? Ciertamente son cosas, que, mal vistas, podrían estropear un poco el prestigio literario del gran escritor. Ahora bien, no entienden cómo los demás pueden ser tan inocentes, cómo a nadie se le ocurre. Si hasta el gato podría ser Aldana. Mientras, los demás continúan con las elucubraciones sobre la curiosa familia de Aldana y esa manía tan peculiar de abandonar a los visitantes en la sala, luego de haberlos emborrachado de manera, es verdad, un poco abusiva. Las crudas después de la visita, hay que decirlo, son como de otro planeta.

La confianza en los extraños

Raúl había estado trabajando en esa historia durante varias semanas; no todo el tiempo, porque era un hombre lleno de obligaciones. A pesar de ellas, había logrado destilar unas pocas páginas del relato, que tras cada revisión disminuían considerablemente. Contaba la historia de un hombre temeroso y apocado llamado Benigno, que se había casado de muy joven con Carmelita, su vecina, la cual no lo quería, sino que se había embarazado de él para obligarlo a mantenerla y a criar un hijo que triunfara. Después de perder al hijo y tras muchos años de fracasos reproductivos, Carmelita se había convertido en una mujer amargada y sarcástica que solía burlarse de cuanto Benigno hiciese, incluido su modesto trabajo de oficina, y a quien él temía sin saber bien por qué, pues era un hombre patológicamente cobarde.

Mientras intentaba armar con lógica la historia de Benigno, Raúl debía resolver las trampas que la vida le ponía al acecho, que no eran pocas. Laboraba como *copywriter* en una agencia de publicidad. A los dos amigos escritores que le quedaban de la carrera de letras les decía que odiaba este trabajo para quedar bien con ellos, pero no podía negar que el mucho dinero que ganaba lo tenía atado a un sinfín de pequeñas costumbres, ropa

bien hecha, clubes, bares, viajes, fiestas y ciertas bebidas de las que ya le hubiera sido imposible prescindir a sus 34 años. Sin embargo, su cuento —alguna vez, saliendo de la carrera, había publicado otro con seudónimo en un suplemento cultural— representaba para él una especie de labor de limpieza moral. Raúl no iba a la iglesia los domingos, ni llevaba una vida de orden, pero creía escribir y eso lo purificaba, al grado de obsesionarse en describir el resentimiento de Benigno hacia su esposa, él que no tenía esposa y salía con una modelo yugoslava de la agencia de publicidad que se llamaba Rania, y mientras bailaba con ella en los clubes, o la veía cenar caviar en los restaurantes, ideaba cómo este pobre diablo débil de carácter de su cuento enfrentaría a Carmelita el día en que le quitaban el trabajo en la oficina como parte de un despido masivo. Carmelita, que era tacaña y nunca se permitía un lujo, le decía que en él era de esperarse, pero que eso a su hijo, si existiera, no le habría pasado. Como siempre, Benigno había trocado el sentimiento de ofensa por el de miedo. Y Carmelita le había ya conseguido el trabajo de portero del edificio en el que vivían, tras lo cual se mudaban a la estrecha y deprimente portería, situada en la azotea.

Cuando Rania cabalgaba desnuda encima de él con el fondo de un ventanal gigantesco donde se apreciaba la ciudad llena de luces como un paisaje cibernético, Raúl no podía dejar de imaginar a Carmelita atizando el odio y el resentimiento de Benigno como una diablo en una

caldera amarga, siempre escoba en mano, preparando comidas tristes con el televisor encendido a perpetuidad, haciéndolo sentirse culpable de tanta infelicidad. Poco después, robando tiempo a unas cuantas canciones melosas que ensalzaban jabones, autos y salchichas, logró escribir de madrugada una segunda parte en la barra de la cocina, junto a muchos vasos de whisky: primero la flamante portera, tocada con el delantal rosa más barato que había encontrado en el mercado para vivir a fondo su nueva pobreza, le decía a Benigno que unos dolores en el pecho la terminarían por matar. Así Benigno sentía premiada su paciencia y decidía esperar a que la muerte sola alegrara su vida. Un día en que estaba lavando el coche del vecino del 4, Carmelita bajaba a anunciarle que merced a un tratamiento de rehabilitación en el Seguro Social, podría incluso durar más que él. Entonces Benigno se imaginaba viviendo con ella hasta no tener jamás ninguna ilusión de belleza o bienestar, limitado su horizonte a las azoteas circunvecinas. Y se atrevía por fin a dejarla. Pero cuando se disponía a reunir sus pocas pertenencias, aprovechando una ausencia corta de Carmelita, quien por descuido había dejado en la portería su manojito de llaves, descubría una fortuna en centenarios guardada en altas pilas en la parte baja de su mesa de noche, defendidas por una cerradura. Eso lo decidía a acabar con ella y disfrutar, aunque fuera de unas vacaciones de lujo con la pequeña fortuna de Carmelita, lograda quizá con todos los gustos que ella, sistemáticamente, le

había negado al apropiarse de sus sueldos. El miedo daba por fin paso al odio y la idea de matarla que en el fondo siempre rondaba la cabeza de Benigno se manifestaba como una posibilidad real.

Mas no todo en la vida de Raúl eran cavilaciones literarias. A las tres de la mañana, bajo la luz de neón de su cocina moderna, provista de todos los aditamentos gratos a un joven y adinerado soltero, Raúl sufría toda clase de interrupciones: su jefe en el teléfono, hablándole de una idea fantástica para un anuncio de cereal que lo había iluminado en medio del sueño, o Rania que pasaba por alguna de sus frecuentes crisis y había comenzado a trasquilarse el cabello rojo y a cortar sus camisones en tiritas. Entonces Raúl dejaba el crimen para otra ocasión y acudía a salvar a su novia, o a tomar unos tragos a la mansión del jefe hasta que éste le ponía la mano en la rodilla, y de regreso se tomaba un par de lexotanes con más whisky y se dormía. Mientras, el cuerpo de su texto, como lo llamaba pomposamente, es decir, la versión definitiva que reposaba serena en una laptop, había llegado a una parte en la que los porteros veían una película de Rocío Dúrcal por la televisión y Benigno evocaba a una novia española que había tenido de joven antes de Carmelita: la hija de unos abarroteros del centro, que le había prometido su amor y el estreno de su virginidad, pero sus padres se habían apresurado a casarla con el dueño de una mueblería. Él, sin embargo, la había idealizado para siempre con la figura fresca y juvenil de Rocío

Dúrcal. En aquella escena, Carmelita, que ya a esas alturas se había vuelto grotesca con su voz cascada y el pelo toscamente teñido de rubio, remedaba burlonamente a la cantante. Ese pequeño gesto era la gota que colmaba el vaso y urgía a Benigno a materializar la desaparición de su esposa. Hasta ahí, Raúl estaba plenamente convencido de su historia, e incluso el detalle de que Rocío Dúrcal decidiera un crimen le recordaba al humor agrisado de los comerciales contemporáneos, que a los jóvenes les gustaban tanto. Por eso había incluido ese trozo en la página de su laptop ultradelgada, y le había corregido la ortografía. Después, comenzó a asesinar a mano, con estilográfica azul, en un amasijo de cuartillas tan borroneas como su propia indecisión, que dormían en un cajón de la cocina: aventó a la portera a las ruedas de un camión de redilas, le lanzó a la cabeza una piedra, la envenenó con un brebaje de sabor espeluznante, mientras el viejo portero aullaba poseído ya no te soporto, Carmelita, ya no te soporto. Pero ninguna muerte le convencía; siempre terminaba colgando un cabo suelto, una pieza que no casaba y delataba al asesino a la policía, o algo tan forzado que daba pie a un sinfín de dudas; y en un edificio atestado de familias, como era el caso de aquella antigua construcción del centro, una vecindad de las que después del temblor del 85 quedaron inutilizadas como vivienda, no hubiera estado de más la presencia de niños, perros o mujeres merodeando siempre en las vidas de todos, yendo a robar, a pedir, a arrebatar algo. ¿Qué

se necesitaba para que ese crimen tuviera una proporción justa en su entorno, ni exagerada, ni insignificante, ni forzada? Entre comidas y cenas de negocios cada vez más frecuentes y un par de ingresos transitorios de Rania al hospital por intento de suicidio, Raúl dejó de robar tiempo para su cuento y lo tuvo suspendido unas semanas que se fueron prolongando sin que él mismo pudiera hacer mucho por rescatarlo. Todavía pensaba en él en los momentos más difíciles —cuando Rania se encerraba en el baño a cortarse las venas o cuando sentía los dedos de su jefe posarse cada vez más cerca de su sexo—. Ahí, cuando debía aplicar sus cinco sentidos a resolver la situación complicada que estaba viviendo, Raúl recordaba lleno de remordimientos al portero asesino, sin decidirse a proporcionarle el método más adecuado para matar, hasta que un día Rania lo abandonó por el *copywriter* de la agencia enemiga, acusándolo de indiferencia, y su jefe le hizo ver que si no se avenía a sus deseos largamente postergados, corría peligro su empleo, junto con sus gastos y sus gustos. Entonces Raúl se olvidó del cuento por completo. Y se apoderó de él el sentido práctico: acudió a todas las cenas con los clientes e hizo un gran esfuerzo por encontrarle algún sentido a verse en la cama con su jefe, de la misma manera en que había calibrado tantas posibilidades de asesinatos, su justeza y su pertinencia en medio de una historia. Y no le pareció desagradable; de hecho, era como una faceta más de la vida que ya llevaba y además sospechaba desde hacía años de lo borroso de

sus propias inclinaciones. Cuatro o cinco meses después bailaba con modelos de ambos sexos en cierto bar, y jugaba a la presa y al cazador como si fuese lo que hubiera hecho toda la vida, y realmente nadie hubiera podido decir que le molestara; por el contrario: libre de la obligación caballerosa de cuidar modelos indefensas, la vida parecía comenzar a sonreírle otra vez, como en otras épocas en que no escribía. Su parte más descocada se entregaba a la alegría de las noches y olvidaba sus afanes de pureza literaria. Incluso las razones para matar a Carmelita, cuando las recordaba, le parecían sosas. Pensaba que Benigno debería mejor frecuentar los bares y gozar de la vida. Su jefe, al que se había animado a contarle la historia, le sugirió que escribiera un libro de autoayuda para casados insatisfechos, un éxito comercial seguro.

Cierta noche regresó a la casa con las manos vacías: nadie a quien llevarse de la discoteca como un regalo, nadie que se lo llevara a él. Entró a la cocina, se sirvió un whisky y se sentó a la mesa, sin saber muy bien qué hacer, pensando en una mezcla de clientes, productos, tonadas y torsos desnudos, cavilaciones o sueños que interrumpió el timbre. Le extrañó un poco a esas horas —las cuatro de la mañana— pero pensó que cierto muchacho del bar podía haberlo seguido, de modo que se animó a contestar por el portero electrónico. Por la pantalla minúscula pudo ver la calva de un hombre corpulento y bajo de estatura que inquirió por él con todo y nombre. Raúl le preguntó a su vez qué deseaba, y el anciano le

dijo claramente que venía a pedirle que terminara lo que había comenzado. ¿Quién es usted?, insistió Raúl, ¿cuál es su nombre? Benigno, contestó el otro. Por un momento Raúl pensó que lo confundían con otra persona, hasta que el otro le gritó con evidente desesperación: ¿O qué cree que la voy a seguir aguantando lo que me queda de vida? Entonces, Raúl oprimió el botón un poco pálido y lo dejó entrar. La verdad era que así se lo había imaginado, un hombre bajo pero fuerte, como un niño que hubiera envejecido antes de terminar de crecer. Al principio tuvo miedo; luego pensó que quizás alguien le había echado alguna droga en la copa, o que su jefe le estaba gastando una broma. Y hasta le hizo gracia. Como tantas situaciones que se le presentaban últimamente, decidió resolverla de manera expedita y efectiva, al ritmo de su propio estrés. De modo que invitó a Benigno a sentarse a la mesa de la cocina, le convidó un whisky y le habló de la conveniencia de hablar con Carmelita, o bien de abandonarla y dedicarse a la vida de bares, igual que él. No tengo un clavo, le respondió Benigno; le tengo que bajar toda la lana. Tú sabes cuánta tiene, añadió, dándole a Raúl un codazo. Raúl le insistió. Bueno, ¿y si sólo se la robas? No la tienes que matar, pobrecita. Pero en la cara de Benigno apareció un odio inmenso, profundísimo como un mar que por cierto él, Raúl, se había dedicado a alimentar. Y Benigno sólo alcanzaría la paz si mataba a esa mujer. Bueno, se dijo Raúl, total es ficción, pues vamos a ver cómo la matas. Y sacó del cajón el amasijo de

papeles borrosos y tachoneados. Juntos revisaron cada idea, cada ejemplo, cada posibilidad, hasta que Benigno, que a fin de cuentas era un hombre simple, decidió que lo más sencillo y fácil de disimular era asfixiarla con una almohada. No lo creo, contestó Raúl, es muy fuerte, se va a despertar; hará ruido y acabarás como un idiota. No, si tú me ayudas, le dijo el otro.

Poco después subieron al auto de Raúl para dirigirse al centro. En medio de la noche, las construcciones antiguas refulgían como naves plateadas. Raúl sentía que, dado el giro que su vida había tomado últimamente, en realidad no debía alterarse demasiado. Además, él había dejado prolongarse la espera del pobre viejo más de lo debido; tenía entonces una deuda con él, la de proporcionarle la felicidad que había soñado, lejos del ogro que él mismo le había impuesto como compañera. Se había traído otra botella de whisky y unas pastillas tranquilizantes. Le dio un trago largo a la botella y se sintió ebrio y lúcido a la vez. Pensó, exaltado, que la vida era justa por alguna causa ajena a su entendimiento, y que debía tomar lo que ahora le ofrecía, tal como había hecho con las proposiciones de su jefe. Mientras, Benigno el prudente rechazaba el trago que le había ofrecido porque le bajaba la presión. Detuvo el coche a varias cuadras de la vecindad y caminó con Benigno entre las sombras, un poco preocupado de que se lo fueran a robar, pues no servía la alarma. Ojalá y no tardemos mucho, comentó. Yo creo que es rápido, susurró Benigno. Una cuadra antes

de llegar, Benigno se adelantó para alejar las sospechas: no quería que lo vieran acompañado por aquel remedo envejecido de junior. Después Raúl subía por las escaleras del edificio. Había empleado una cuartilla en describirlas y conocía bien sus losas, sus grietas, sus descansos oscuros y húmedos. Benigno y su mujer vivían en una pequeña construcción en la azotea, entre las jaulas y los lavaderos. Una pequeña luz brillaba ante la puerta de su covacha, como si anunciara un bar, o el infierno.

Benigno lo hizo entrar a la cocina en penumbra. Llevaba ya la almohada en la mano, y parecía presuroso, contrariamente a lo que se podría pensar, que tendría algún temor, que dudaría de que las cosas salieran bien. Raúl entendió cómo, entre señas y susurros, le preguntaba qué prefería, ser el que sujetara a la mujer o el que la asfixiara. Dejó este último honor al portero, adivinando lo ansioso que estaba por hacerlo, y contuvo a Carmelita apoyándole encima todo el peso de su cuerpo, en lo que ella luchó por zafarse. Afortunadamente no fue demasiado. Benigno respiró por fin en cuanto su mujer dejó de hacerlo, y murmuró con una especie de engolosinamiento: esta es por Rocío Dúrcal. Raúl había pensado en dejar a Benigno frente a su obra, en todo caso ayudarlo a dormir con las pastillas para que el despertar con el rigor y la frialdad del cadáver se acompañara de una genuina sorpresa: pobrecita mi mujer; murió dormida, le debía decir a la policía. Raúl se encargaría de escribir sobre el paro respiratorio que

los médicos forenses debían imaginar al día siguiente; yo arreglo todo, no te preocupes, le dijo a Benigno, sintiéndose Dios. Le regaló dos pastillas que le quedaban, sin saber con certeza qué efecto producirían en él; si, como a Alicia la del país de las maravillas, lo volverían más grande o más chico. Bajó como una sombra y se deslizó por calles vacías a buscar su auto. Una vez adentro, se tomó completa la botella de whisky y manejó despacio hasta su casa. Cuando llegó, sólo soñaba con acostarse y dormir, y le dio pereza ponerse a escribir el desenlace que le había prometido a Benigno.

Despertó con serias dudas, oliendo a mil demonios, sintiéndose herido por el timbre del teléfono. Estaba seguro de que era el jefe; le contaría completa la alucinación y probablemente lo invitaría a desayunar salmón con champán y jugo de naranja. Contestó desde el teléfono del baño, mientras se desnudaba. Era Benigno desde la delegación. Había hecho lo que él le dijo. Se había despertado, se había espantado de ver a Carmelita rígida y fría junto a él, había gritado como un poseso y los vecinos, tras acudir, habían llamado a la policía. Y la policía no le creyó nada; estaban a punto de meterlo a la cárcel para siempre si nadie pagaba por su libertad; además, habían revisado la portería y quién sabe si ya se habían robado los centenarios. Raúl dudó entre llamar a su jefe o acudir a la delegación; finalmente optó por ambas.

Con mucho dinero y gracias a las influencias de su jefe, Raúl logró que la policía soltara a Benigno por fal-

ta de pruebas. Mientras ambos enterraban a Carmelita en un panteón por Xochimilco, se preguntaba qué debía hacer, qué era lo mejor para Benigno, ahora que por fin había logrado liberarse de su mujer. No sé qué sea lo mejor para Benigno —le dijo su jefe en una conversación telefónica posterior que aprovecharon para concebir la escenografía de un anuncio de refresco—, lo cierto es que siempre te puede pegar un susto.

Desde hace varios años Benigno vive en la casa de Raúl, en calidad de jardinero, en lo que éste decide que hará con él. Alegando toda clase de razones, algunas de ellas de lo más inverosímiles, Raúl nunca lo deja salir, ni siquiera de vacaciones. Mientras trabaja pegado al teléfono, recorriendo todas las habitaciones, Raúl siempre se asegura de que Benigno esté ahí, regando los arbustos, quitando las hojas secas del jardín, tomando un refresco bajo el sol. Y Benigno, que es un hombre patológicamente cobarde, no se atreve a dejarlo así como así. Es cierto que la casa es grande y bonita, el jardín muy amplio, y Raúl le ha comprado todos los videos de las películas de Rocío Dúrcal, pero Benigno ya lo empezó a odiar. No mucho; al principio era sólo un vago resentimiento, la memoria de ilusiones viejas que con el tiempo se fueron borrando, pero últimamente su odio ha aumentado desde que se percató de que Raúl guarda muchos centenarios bajo llave.

El alma de Lecuona

Lo arrastraron de los pies hasta su cama, con mucha dificultad porque el barco se bamboleaba y se bamboleaba y a veces parecía que iban en pendiente hacia arriba, y otras que todo el cuerpo de Lecuona se les venía encima, pero ni modo, decían, a jalar, después a empujar entre todos encima del camastro al pesadísimo bulto que se desparramaba por un lado y por el otro, pero no importaba pensaban, ánimo y a subir la lonja que se hubiese caído, aunque otra se desbancara después. Cuando por fin lograron acostarlo, se quedaron quietos, cavilando qué le habría pasado al consejero Lecuona. Llevaba un buen rato oteando el horizonte con su larguísimo catalejo desde el puente de proa, cuando unas gaviotas le pasaron por encima y le dieron vueltas alrededor, rozándole la cabeza con sus alerones. Esto pareció marearlo, trastabilló un poco, y así fue a desvencijarse cuan gordo era en la cubierta. Alguien tan bien plantado como él, que se les fuera a derrumbar así, por culpa de unos pájaros, no lo podían creer, y aun así el primer impulso de todos fue sido llevarlo a su camastro como fuera e intentar reanimarlo.

Desgraciadamente, el doctor Urieta había muerto hacía un par de semanas, y con seguridad se encontraba ahora bien desmenuzado por el intestino de algún

tiburón, de manera que para atender a Lecuona sólo contaban con sus sentidos comunes, que les ordenaron toquetear, manosear, desabrochar, pegar la oreja y hundir el dedo y sacarlo repetidas veces en las diversas protuberancias de su compañero. El capitán Montejano terminó por quejarse un poco del desorden y afirmó que seguramente era sólo un desmayo, pues Lecuona estaba bien hinchado como siempre, y rápidamente se le iría a pasar. No, no, no, replicó preocupado el mariscal Falla, jefe de Estado Mayor hasta hacía unos meses, en que una insurrección lo había expulsado del país junto con sus compañeros. Me parece que su corazón está latiendo demasiado lento. No querrá usted que le baile una polka, capitán, resopló Monseñor Lecock. Si me permite usted, añadió éste, yo pienso que la caída de Lecuona tiene su origen en este golpe que se aprecia a un lado de su cabeza, el cual le hizo perder el sentido y doblar las corvas, con los resultados que ahora podemos apreciar.

En esas estaban, cuando una pequeña figura, similar a la de un duende, interrumpió: Caballeros, déjenlo descansar, ya se le pasará. El profesor Sinitzin los dejó con la palabra en la boca y se bamboleó con gracia hacia el pasillo, hasta salir a la cubierta. Qué fastidio, pensó, mientras sacaba del chaco su botella infaltable de mezcal añejo y tomaba de ella metódicos sorbos. El profesor Sinitzin era pequeño y regordete, un poco encorvado aunque delicado de maneras, oriundo de

Acapujahua. Poeta y trovador, redactor circunstancial de los discursos del mariscal Falla, desde que la goleta Esperanza zarpó de Veracruz obligándolo al exilio, el profesor Sinitzin había decidido no volverse a preocupar por nada, fuera de los vericuetos del dominó, juego del que era apasionado. Todo lo demás le importaba un soberano pito. De manera que se dedicó a chupar su pipa y a beber con amargura mascullando “por mí que se muera, a mí me da igual”, mientras evocaba los pormenores de la partida que sostenía con el mariscal y el capitán antes de que Lecuona se desplomara.

Mientras, ya el mariscal había enviado a un marino a buscar la botella de vinagre para reanimar a Lecuona “a la manera en que lo hacía con mi mujer”, comentario que provocó una risita de los presentes. En lo que esperaban, monseñor Lecock le levantaba la cabeza al enfermo y procedía a darle metódicos golpecitos en la frente que pusieron al mariscal muy nervioso. ¿Por qué le hace usted eso?, ¡deje usted de golpear a mi amigo Lecuona! Lecock le depositó delicadamente la cabeza en la almohada. Sepan ustedes —espetó— que algunos moribundos despiertan con este procedimiento. Cuando les queda algo por confesar es muy útil. Pero vaya, ahí tiene su vinagre, mariscal, a ver si no nos convierte a Lecuona en ensalada.

Y tal parecía que lo iba a hacer, pues el mismísimo cocinero, el señor Yeng, apareció con una gran botella de vinagre de color rosado pálido. El mariscal tomó en sus brazos la botella mirando a monseñor con energía.

Destapó el corcho, trepó un poco sobre el colchón y otro poco sobre Lecuona. Luego gimíó: ¡Pero ayúdenme, ható de ignorantes!, ¿qué no ven que no puedo solo? El capitán y el cocinero empujaron del trasero al mariscal Falla hasta que alcanzó a colocar el pico de la botella en las narices del paciente. Éste se cimbró un poco, aspiró aire por la boca y soltó un formidable estornudo que tiró al suelo al mariscal, el cual vertió la botella de vinagre en la levita del capitán Montejano. Lo mismo hace mi mujer, se dijo el mariscal, sacudiéndose las ropas como si limpiara la pólvora de un cañonazo. En seguida zarandeó vigorosamente a Lecuona: ¡Amigo mío!, ¡estimado consejero Lecuona, despierte! ¡Necesitamos de su guía!

Desgraciadamente, Lecuona no despertaba. Después del estornudo, el cuerpo le había retemblado un tanto para regresar sin más a la calma chicha de los desmayados. El mariscal le daba bruscos golpes en la mano, sin esperanzas. Me parece que tenemos que buscar otro procedimiento —le dijo monseñor—. Además, si lo sigue usted mallugando se nos va a descuajeringar. El cocinero Yeng intervino en ese momento: Yo recuerdo que eso mismo le pasó a mi compadle Sing Song en el Pacífico. Se llama “la enfermedad de la gaviota”. Los presentes se le quedaron viendo como si fuera a hacer una gran revelación. Lo cierto era que Yeng estaba improvisando. A veces le resultaba, a veces no, así que prosiguió con aire misterioso. Le untamos soya y hielba

de leley en el viente. El mariscal retomó sus ímpetus belicosos. ¿Pues qué esperas, oriental amigo? ¡Corre a buscarlo! Y Yeng se fue muerto de la risa a la cocina.

El profesor Sinitzin fumaba en la cubierta esperando proseguir la partida, un tanto atosigado; miraba a las gaviotas y los pelícanos que revoloteaban alrededor del mástil e imaginaba que en cualquier momento Lecuona saldría de los camarotes como siempre, atorándose en las puertas, y le hablaría al mariscal de la táctica a seguir nada más tocaran tierra en Esperanza, el puerto al que por una razón u otra no lograban llegar. Imaginó incluso que llegaba a las cercanías del barco una gran ballena, abría la boca, y de ella salía caminando el doctor, con maletín y sombrero, despidiéndose amablemente de los otros pasajeros de la ballena. Pero no olvidaba el momento en que echaron al agua al antiguo ministro de Salud vendado como momia egipcia, tras haberlo visto morir de apoplejía. Así que aventó al mar la botella vacía de mezcal y regresó al camarote.

Reinaba un olor infernal, a vinagre, a salsa, ¿pues qué ya se estarán comiendo a Lecuona? Al entrar, pudo ver entre todas las cabezas que el cocinero Yeng lo untaba como si lo estuviera adobando. ¿Pero qué están haciendo?, irrumpió pálido el profesor. Le unta yerba de leley, para que se componga, dijo el capitán. Después carraspeó. El profesor se unió a la espera respetuosa y silenciosa. Pasaron unos cuantos momentos largos, y por fin el cocinero Yeng se bajó de la escale-

rilla que había utilizado para untar a Lecuona de salsa de soya y perejil picado. En el camarote empezaron a sentir hambre.

Quizá sería bueno tomar un descanso; total no du- den que va a seguir así por lo menos un rato, balbuceó turbiamente el capitán. El mariscal se le plantó enfrente con solemnidad: ¿Está usted sugiriendo que dejemos al señor consejero en este momento que puede ser de vida o muerte? Bueno, bueno, no necesitamos todos estar aquí, como moscas en la salsa. Monseñor Lecock se ofreció, si alguien se molestaba en traerle una copita para hacer la espera más amena, a quedarse velando a Lecuona. Todos aceptaron de buen grado, excepto el mariscal Falla, republicano convencido: Capitán, me da mala espina ese cura, dijo ya en la cubierta. No sé por qué lo dejó usted subir al barco; estoy convencido de que es un espía del bando conservador. Montejano trató de tranquilizarlo: es necesario que haya un sacerdote en el barco, usted mismo me lo dijo, y él me rogó que lo dejara subir. Parece que lo persiguen, añadió en voz baja, por solicitante. El mariscal titubeó, esbozó una sonrisa, y se recompuso. De cualquier manera no confío en él. Es capaz de matar al buen Lecuona, aprovechando nuestra ausencia.

Tranquilícese mariscal, intervino el profesor; caballeros, por favor *soyons tranquils*. Siéntense aquí junto a la baranda, se respira un aire magnífico. Continuemos nuestra partida. Lecuona despertará al cabo de un

rato; los frotamientos del cuerpo vigorizan el organismo mejor de lo que se cree. Sin ir más lejos, mi madre, cuando yo era pequeño, me untaba bicarbonato en las corvas, en los íjares y en el occipucio. Ahora, si ustedes me lo permiten, voy a colocar mi ficha. Los tres se concentraron un momento en el dominó; súbitamente, el mariscal tensó los músculos y se incorporó de la silla. ¡Caballeros!, ¡qué torpes somos! ¿Pero, por qué, señor mariscal? ¡Aire!, ¿no se dan cuenta de que Lecuona necesita aire, aire puro y fresco como el que estamos respirando en este momento?

Monseñor se hallaba muy bien acomodado en un pequeño banco, saboreando un poco de *chablis* y dispuesto a darle la extremaunción a Lecuona en cuanto se terminara la copa. Nunca está de más, se decía, extrayendo sus bártulos del bolsillo de la sotana. En eso, el capitán, el mariscal y un grupo de marinos, seguidos por el amargado profesor Sinitzin, irrumpieron en el camarote.

¡Ya lo sabía yo!, gritó furioso el mariscal Falla. Le va a dar la extremaunción para matarlo después. Tranquílcese, mariscal, lo contuvo el capitán. Apartaron con energía a Monseñor y lo sacaron del camarote. Y entre todos, marinos más, marinos menos, cargaron con mucho cuidado a Lecuona y lo extendieron en cubierta sobre una vela vieja doblada en cuatro y dispuesta como colchoneta. Se veía magnífico, como un elefante de ornato, observó el profesor. ¿Pero qué era esto? ¡Qué

mosquerío! Con cubetazos de agua limpiaron a Lecuona el adobo que le había untado Yeng, no lo fueran a devorar los insectos. El profesor Sinitzin los espantaba con *El Despertador Republicano*. El señor Yeng emergió de la cocina con unos paños mojados en aceite. Muy buenos, como tamal, decía. Plonto se lecupelalá.

El mariscal lo miró con un poco de desconfianza: Capitán, ¿usted está de acuerdo con esto? El capitán se encogió de hombros. Yeng dejó al desmayado como una gran cebolla; el mariscal se arrodilló a su lado y enérgicamente declaró que no permitiría a Monseñor acercarse a su consejero. Acto seguido procedió a hablarle en voz baja: despierte, camarada y amigo. Luego lo trató de asustar con horrendos gritos. Maldita sea, refunfuñó por fin.

Mientras, monseñor Lecock se quejaba ante el capitán Montejano. Yo entiendo que todos estén empeñados en sanar el cuerpo de Lecuona y me parece muy bien; pero en estos momentos de desmayo, su alma está extraviada. Es mi misión el alma de Lecuona. ¿No entiende, capitán? El alma de Lecuona está en peligro.

Y así pasaron un buen rato, con los moscos zumbando encima de Lecuona, y ellos como moscos zumbando intriguillas, hasta que Yeng subió con el almuerzo, y como no había mesa grande en la cubierta, y el mariscal no estaba dispuesto a dejar solo al desmayado, lo utilizaron como tal. Sentáronse alrededor del enfermo, teniendo cuidado de que la cara quedara

bien protegida debajo de una silla. Comieron rápido el estofado habanero que Yeng preparaba y después, para alegría de Sinitzin, continuaron la partida de dominó encima del vientre de Lecuona. Mientras jugaban, conversaban de comida.

¿Sabe usted, capitán? El rancho del ejército suele ser la cosa más detestable de la tierra. Por lo general consiste en carne cruda, cuando es bueno, y según la situación se va convirtiendo en algo asqueroso. Monseñor mencionó su afición por el ponche que preparaban las hermanas de la abadía de Santa Úrsula y todos reprimieron una sonrisa.

Yo por mi parte —dijo el capitán apoyando las botas cómodamente sobre el estómago de Lecuona— me quedo con el pescado. Y eso que los hombres de mar sufrimos de escorbuto, pero es que yo odio el tomate.

Un momento, rugió el mariscal. ¿No le da vergüenza, señor capitán, poner los pies encima de nuestro amigo? Bueno, bueno, mariscal, intervino Sinitzin, que estaba a punto de deshacerse de la mula de seis, el capitán ha apoyado en él sus botas, pero considere que nosotros lo hemos utilizado como mesa.

El mariscal desmontó precipitadamente la tabla que armaba, junto con el cuerpo de Lecuona, la mesa tan peculiar en que se habían instalado, tirando las fichas y las copas de coñac. Luego ordenó quitarle a Lecuona los trapos de encima. Había quedado muy brillante. El capitán lo retó con un poco de sorna:

¿Podría usted, señor mariscal, escuchar el corazón de su tan querido amigo? El mariscal Falla sintió un poco de repugnancia. Me llenaré la patilla de aceite, musitó. Pero si es su compañero de lucha, mariscal. El mariscal se dio por vencido.

Monseñor, si le escucha usted el corazón, por mí puede darle la extremaunción. Y Monseñor se inclinó resoplando sobre el pecho de Lecuona. La verdad es que está más vivo que todos nosotros, pero le daré la extremaunción porque usted me lo ha permitido, añadió, mirando al mariscal con aire retador. Y volvió a preparar el incensario, los santos óleos y su enmohecida Biblia.

Sinitzin había recolectado todas las fichas caídas al suelo y hacía la sopa acucillado. ¿Quién quiere jugar esta partida? Señor Yeng, ¿no quiere jugar conmigo para descansar un rato? Y mientras Yeng y Sinitzin acomodaban sus fichas, el cura hacía su ceremonia, y el mariscal tristeaba mirando al mar, el capitán fue a dar algunas órdenes a sus bravos hombres de mar. Poco después fue Sinitzin el iluminado por una idea, al ver que tenía un juego pésimo. ¿Y si le damos a tomar caldo, mariscal? El caldo todo lo compone. Tengo caldo de camalón, dijo Yeng, obligado a levantarse del juego cuando le habían tocado en suerte todos los cincos. Bien listo era ese Sinitzin

El personal de la cocina salió en fila: uno con el caldo, otro con la cuchara, con el trapo, y al final Yeng con

un gigantesco embudo, que para la talla descomunal de Lecuona resultaba bastante apropiado. Haga el favor de levantarse, Monseñor.

Es indignante que interrumpan ustedes de esa manera una ceremonia religiosa, señores, dijo Monseñor muy ofendido. Entre el estofado de Yeng, el aceite, el incienso y el bamboleo de cubierta, estaba realmente muy asqueado. Mientras, el profesor Sinitzin daba la orden con un gesto vertical del brazo que sostenía la pipa, para que comenzara la ingestión de caldo. Despacio, despacio, sorbitos pequeños, no se nos vaya a atragantar.

Lecuona tosió, sacudió la cabeza, manoteó un poco y se volvió a desplomar. —¡Ahora sí ha matado usted a mi amigo! —vociferó el mariscal, que se había acercado a ver lo que pasaba. Capitán, venga aquí: exijo que pasemos por las armas al profesor Sinitzin, ese amanuense de porquería, y de paso a monseñor Lecock. Pero el capitán, antes de ponerse a fusilar gente sin ton ni son, prefirió arrojar una nueva ocurrencia: ¡Cepillarle los brazos!, ¡eso lo va a revivir! Pero si es muy lampiño mi amigo Lecuona, capitán, gruñó el mariscal. No es por eso; es un método revitalizador, hace que la sangre fluya por todo el cuerpo. Probemos entonces: profesor; vaya usted y consiga unos cepillos.

Sinitzin estaba ya furioso: ahora no sólo se había vuelto imposible continuar jugando, sino que el mariscal, que por cierto era incapaz de escribir una a, lo había querido matar, lo había insultado, y al final de todo

esto lo mandaban a buscar cepillos, como a cualquier ordenanza. ¡Eh, marinero, dice el capitán que por favor reúnas unos cuantos cepillos!, le gritó al primero que se encontró. ¿Cepillos? Cepillos, gruesos, fuertes, para cepillar al consejero Lecuona, rugió. Y se fue a recluir a su cuarto, a fumar en la cama mirando las volutas de humo que salían por el ojo de pescado hacia el mar. Nunca debió permitir que el mariscal lo empacara en ese barco como si formara parte de sus pertenencias. Después de todo, él no tenía tan mala relación con los insurrectos, y era capaz de escribir discursos para cualquier bando.

Afuera se empezaba a escuchar el ras, ras, ras. El mariscal cepillaba con vigor las piernas de su amigo Lecuona, el capitán los brazos, y Yeng el pecho y el vientre. Se ponía rojo. ¡Está surtiendo efecto, mariscal, mire usted el color que está tomando! ¡Claro que sí, mi buen amigo, cepillemos con vigor!

Al cabo de un rato, el señor Yeng se atrevió a decir que no pasaba nada: le vamos a sacar sangle. Había en ellos ya mucho descorazonamiento. Yeng se fue a preparar la cena, con su pelmiso. Anochecía ya. El capitán fue a corregir el rumbo de la embarcación, con los brazos adoloridos y la esperanza de fumarse una pipa y tomar un buen trago en la cabina. La cubierta era un asco.

El mariscal cepilló un poco más a Lecuona, por aquí y por allá, en las manos, en las orejas, pero la luz empezaba a faltar. Se sentó en el piso, usando de respaldo el vientre de su amigo. La furia, apaciguada por el

cansancio, brotó en forma de lagrimeo. Recordó cómo Lecuona le había dado el oportuno aviso, hacía ya tanto tiempo, de escapar del país; sus planes detallados de organizar un gobierno en el exilio en cuanto tocaran tierra en Esperanza, sus conocimientos de estrategia, de filosofía, de política, cómo los abrumaba con sus citas de autores romanos, esa mirada de intensidad e iluminación, ese recordatorio constante de la gloria que suponía aquel destierro inmerecido.

Cuando Yeng se atrevió a salir a cubierta con la campana de la cena, estaba bastante oscuro. ¡A cenal!, ¡a cenal!, gritó, un poco atemorizado por la oscuridad, donde yacían Lecuona y el mariscal, un fardo desmayado y otro melancólico. ¿Dónde vamos a cenar?, preguntó el debilitado mariscal con un hilo de voz. En el comedol, señor. ¿Y vamos a dejar abandonado a Lecuona a la intemperie? Está empezando a llover, la cena se estlopeará. A Lecuona le dará algo, se constipará. Quizás eso lo leanima, señor, dijo Yeng antes de entrar de nuevo a la cocina con la campana.

Pero el mariscal no quedó satisfecho. Bajó a la cabina, halló al capitán y se quejó amargamente, pues ¿qué les pasaba a todos aquí? Si me permite, señor —opinó el timonel—, se le puede poner un toldo al señor consejero. Eureka. Manos a la obra, linternas y gritos en la noche. La misma vela vieja en la que se había acostado a Lecuona se utilizó para armar un toldo, afuera de los

camarotes. Y entre los marineros recostaron a Lecuona sobre los salvavidas.

Sólo vamos a cenar y regresamos, querido amigo, jadeaba el mariscal, ahora vamos a sacar a esas dos ratas de su escondrijo. A Monseñor Lecoock y al profesor Sinitzin, apaciblemente dormidos, los despertó el golpeo frenético del mariscal en las puertas de sus camarotes. Ay, mariscal, no sé que me pasó, me dio un vahído, dijo el cura. Disculpen, caballeros, inventó Sinitzin, sentí un fuerte dolor en los brazos, vine a buscar el linimento, y mire usted qué pena, me dormí. ¿Se habrá despertado ya el señor Lecuona?

La cena estuvo mustia. El mariscal se reconcentraba mirando su sopa. Caldo de camarón. Qué pena que su amigo se encuentre tan mal, señor mariscal, pero consuélase que Dios proveerá. ¿Pero qué sólo es mi amigo?, preguntó el mariscal. Bueno, dijo el profesor, ciertamente llevaba una relación cordial con todos nosotros aquí, pero la verdadera amistad es otra cosa, mariscal, tarda años en surgir, es como una flor que se riega día con día. Maricón, le espetó el mariscal Falla, es usted un maricón. Ciertamente no es muy adecuado que un caballero hable de flores así como así, intervino lacónicamente el capitán. Pues los ingleses lo hacen y ganan guerras, señores, no como nosotros. Tras decir esto, el profesor se retiró definitivamente a su camarote. Lástima que la dignidad fuera tan imperiosa, porque

tenía hambre. A ver si a medianoche se daba una escapadita a la cocina y terminaba su estofado.

En la mesa, el mariscal gritaba, ¿qué a nadie le importaba Lecuona?, ¿qué él solo iba a cargar con el muerto? Enfermito, enfermito, corregía Monseñor. Estimado mariscal, cortó el capitán ya un poco hastiado: por los consejos del enfermito llevamos meses bregando por el océano. Ahora, si me lo permite, yo conduciré este barco. El mariscal se quedó mudo. ¿Entonces qué vamos a hacer con Lecuona? —dijo ya en el postre. Supongo que dormir a la intemperie no le hará mal.

Descanse usted, señor mariscal, lo necesita, le aconsejó Monseñor Lecock; yo rezaré por el buen Lecuona, verá usted cómo despierta mañana, más fresco que una lechuga. Buenas noches, señores —anunció a su vez el capitán—. Siéntanse ustedes como en su barco. Quizá la novena que rezó Monseñor Lecock para pedir por la mejoría de Lecuona fue algo corta, pero bueno, grandes esfuerzos se hicieron aquel día, el Señor se iba a apiadar de todos ellos. Sólo se escuchaba el sordo rumor del mar cuando el profesor decidió salir a calmar el hambre. No parecía haber nadie, ni un marino, ni un vigía. En su camino al estofado, no pudo evitar darse una vuelta por la cubierta y echarle un vistazo a Lecuona que yacía bajo el toldo, cubierto con una sábana blanca. En medio de la mar tranquila, el bulto blanco y enorme parecía ser el comandante verdadero del barco, el fantasma del barco fantasma.

De regreso de la cocina, con un plato de estofado en mano, Sinitzin volvió a lanzarle una mirada a Lecuona y sacudió la cabeza. ¡Cuántos esfuerzos, cuánta inventiva para tratar de despertarlo! ¡Cuántas partidas de dominó sacrificadas por aquella especie de molusco! Y su alma, quién sabe por dónde andaría ahora su pobre alma, en qué sueño, en qué mundo. No pudo evitar, con el tenedor en la mano, compadecerse de él, y de hecho tardó, mientras saboreaba melancólicamente la carne con salsa, en darse cuenta del desplazamiento lento y pausado de aquel cuerpo enorme. Su primer impulso fue correr hacia el fardo que se deslizaba; pero algo lo detuvo; lo pensó un instante y mejor esperó. Una sombra, ¿o eran dos? jalaba a Lecuona, lo arrastraba un poco, descansaba y lo volvía a arrastrar. Era un trabajo metódico y paciente, que quizá podría durar toda la noche. Diligente y comedido, el profesor echó su plato por la borda y procedió a ayudar a la otra sombra. Luego le pareció como si otras sombras se incorporaran a la tarea, y todas jalaban más, más, cada vez con mayor agilidad, hasta dejarlo a un lado del barandal de la cubierta, en buena disposición. Después, con energía, las sombras cargaron a Lecuona y lo dejaron ir hacia el mar. Cayó no sin estruendo y después emergió de nuevo, como un barco enorme y majestuoso, que se comenzó a alejar, blanco y brillante sobre el oleaje, en medio de la más profunda oscuridad. Cuando el profesor dejó de mirar cómo se alejaba y volteó a buscar

a las otras sombras, éstas habían desaparecido, dejando en el aire el aroma amargo de la colonia que usaba el capitán, aunque también, pensándolo bien, podría ser el incensado olor a santidad de Monseñor Lecock, el perpetuo vapor de pato asado que acompañaba a todas partes al señor Yeng, o... quién lo iba a decir, podría ser la mismísima alma de Lecuona que hubiese saltado del mar en la forma de un nubarrón difuso y perfumado. Una ráfaga de aire marino barrió en seguida todos los olores. El profesor aspiró la sal que impregnaba el aire y pensó que, después de todo, tenía muy mal olfato.

Al día siguiente, cuando el profesor Sinitzin salió a la cubierta, encontró dispuesta la mesa del dominó, como siempre, y a una tripulación alegre desayunando alrededor de ella, haciendo planes para desembarcar en La Habana y dedicarse al contrabando, mientras el desalentado mariscal, de pie en la cubierta, interrogaba a las olas. Si me permiten, exclamó el profesor con algo de picardía, gustoso me sentaría con ustedes a echar unas fichas.

Y así reinó la calma chicha, chichísima, en la goleta Esperanza.

Abracadabra

No supo cuánto tiempo llevaba atrapada en la oscuridad desde que el mago Chang Pi la guardó en su caja de truco, cerró la tapa, serruchó y dijo abracadabra. En lugar del doble fondo por el que siempre se deslizaba para reaparecer en la tarima del fondo, gloriosa en su vestido azul de lentejuelas, fue a parar a un pasillo forrado de paño negro, tan silencioso y suave que ahogaba los gritos. Sentía, de tanto en tanto, el aleteo de palomas que le rozaban los hombros desnudos y entre sus piernas se enredaba el pelo suave de raudos conejos. Imaginaba que ellos también vivían ahí, desaparecidos en el fondo del sombrero de copa o de la caja forrada con espejos de la que el mago solía extraer incontables pañuelos de colores. ¿Sería que la magia de Chang Pi se logró por fin? ¿Habrían sido sus anteriores escenificaciones con el doble fondo y la trampilla un ensayo para esta, su verdadera e impresionante desaparición, preparada por el mago en interminables pruebas físicas y alquímicas, o una rebelión de la verdadera magia contra las burdas puestas en escena de los magos? ¿Cuántas veces diría abracadabra el mago Chang Pi, luego de que ella se esfumara por completo? Para consolarse de la oscuridad, los mordisquitos y los pico-teos en los tobillos, lo imaginaba repitiendo la palabra, desesperado, con el público en incredulidad suspendida

y ella inerte, atrapada en la oscuridad de la verdadera magia, en un túnel negro donde habitaban palomas, conejos, mascadas coloridas y naipes voladores. Abracadabra, abracadabra. ¿Cuánto tiempo pasaría perdida en el envés de las cosas, en la sala de espera de los sueños de los magos y de los espectadores que creen en los prodigios?

Exactamente, setenta y cinco años que en el mundo de Chang Pi duraron un solo instante, pues cuando el mago levantó la tapa del sarcófago de doble fondo —y no dijo abracadabra, sino “con ustedes, *mesdames et messieurs*, el mayor prodigio de todos los tiempos”—, su asistente Vivianne Chanteclair, hacía un minuto bellísima y radiante cuando se acostó con una sonrisa voluptuosa a recibir del mágico serrucho el mágico desmembramiento, resurgió con el rostro desenchajado en una expresión de absoluto desconcierto, el vestido azul ya sin lentejuelas, picoteado y sucio de cagarrutas de paloma, convertida en una anciana triste y sorprendida. El público y el mago aplaudieron a rabiar.

Flor de pluma

(Tragedia *kitsch* en forma de diario)

Miércoles 14

Encuentro esta nueva pensión en el centro de la ciudad simplemente encantadora. Su dueña, Madame de Dalle, es una viejecita sencilla y distinguida (usa calcetines a su edad: único defecto). Tras haber encontrado un lugar tan tranquilo y apacible, apenas tengo tiempo para comenzar el trabajo encomendado. Cinco baúles me esperan para ser abiertos.

Viernes 16

Ahora que tengo un pequeño respiro, ya instalado, me daré el lujo de describir mi situación. La pensión, perdida entre las callejuelas del centro, está, sin embargo, a unos pocos pasos del Sears y suele ser visitada por turistas de todo el mundo, pues Madame de Dalle está catalogada como monumento histórico. La pensión es una pequeña casa, de color blanco, al estilo francés del XIX. Ayer tuve el gusto de conocer a dos huéspedes: la más antigua, la señorita Daphne G., bailarina rusa exilada, tiene cosa de setentaiséis años de edad, lo cual no le ha impedido alquilar una habitación extra para practicar *demi-pliés*. Es una mujer desenvuelta y coqueta —demasiado, quizás—: apenas habíamos intercambiado los respectivos nombres y ya pretendía

que le diera trocitos de *apfelstrudel* en la boca con mi propia cuchara. Tengo cuarenta años y la vida no me ha pasado en blanco, lo cual no me hace carecer, sin embargo, de cierto pudor. Le he dado mi postre completo para levantarme de la mesa, ruborizado. En el camino a mi cuarto, he conocido al doctor B., un investigador en la edad madura. Me ha mostrado el laboratorio que montó en su habitación, bastante interesante. Por qué ha venido a hacer experimentos con células de conejo a una pensión, es algo que aún ignoro. La naturaleza de mi trabajo me impide seguir escribiendo por más de media hora diaria, por lo cual continuaré mañana mi descripción. Debo anotar, sin embargo, un curioso detalle: hoy, mientras abría los baúles 6 y 7, reparé en la presencia de un clavel rojo en mi champú. Debo comprar otro. Según el doctor B., el anticasca se debilita al contacto con sustancias vegetales.

Sábado 17

La familia de hondureños que ocupa la alacena al fondo del pasillo ha venido a hacerme una visita sorpresa. Me costó bastante trabajo esconder, mientras entraban con cantos y bailes autóctonos a mi habitación, el baúl número 8. Logré ponerlo en el baño, en lo que la familia entera —los padres, el abuelo y cinco hijos de mediana edad— se instalaba en mi cama, y me pedía algo de tomar. Venturosamente, mi samovar estaba ya instalado, y hemos pasado más de dos horas conversando. Es una

de las familias más bonitas que he conocido. Tan unida, que, cuando alguno de ellos se ve en la penosa necesidad de ir al baño o al cuarto contiguo, besa a todo el resto con auténtico dolor. Me ha conmovido su plática sencilla y agradable, así como sus buenas intenciones. Venían a trabar amistad conmigo y a prevenirme sobre la señorita Daphne. Mi conducta en la mesa la tiene en cama. ¿Será ella quien habrá puesto aquella flor en mi champú? Dios mío, cómo incomoda una historia así, a la mitad del trabajo. Debo concentrarme en el baúl 9, aunque no puedo negar que el asunto del clavel y la señorita Daphne me preocupa.

Domingo 18

Domingo. La pensión entera ha ido a la iglesia. Guiado por la mera curiosidad, he visitado todos los cuartos, incluyendo la alacena. Únicamente he encontrado al doctor, que llenaba de palabras cariñosas a sus células. “Así crecen mejor”, me ha dicho, sonriente y orgulloso. ¡Ah, el amor a la ciencia! Al retornar a mi cuarto, algo me ha sorprendido, sin embargo: mi cepillo de dientes ha sido robado. Juro haberlo visto en el lavabo esta misma mañana. Ni hablar, compraré otro. Aun así, no creo que haya sido la señorita Daphne, pues ella ya estaba orando en la iglesia cuando yo me lavaba los dientes. Aunque me queda una pequeña duda. De ser la señorita Daphne, el asunto ha ido demasiado lejos.

Ayer apareció a la hora de la cena, pálida y demacrada, e intentó bailar para mí la muerte del cisne, pero la tos se lo impidió. Hubo que llevarla a su habitación y darle oxígeno. ¡Quién lo diría! El amor floreciendo a su edad, de esa manera...

Aprovechando el domingo, iré al cine.

Lunes 19

Ayer, turbado por el asunto del cepillo de dientes, no di importancia a algo en lo que apenas había reparado durante mi visita a la pensión desierta, y que sin embargo ha estado presente en mis sueños durante toda la noche: la pequeña habitación que se encuentra junto a la cocina. ¡Un verdadero primor! Una camita de madera rústica, un tocador de mujer coqueta y soñadora, cortinas de encaje y sobre todo, algo que está por volverme loco. Al visitar el cuartito no reconocí la fragancia que todos sus muebles despedían, y ahora, durante el sueño, la he identificado: Fleur de Plume, ¡el perfume de mi madre! Hoy en la mañana estuve por preguntarle a Madame de Dalle quién es la mujer apasionante que ocupa aquella habitación, pero antes quise cerciorarme de que no fuera ella misma la persona deseada, por lo que me incliné discretamente a olerla. No, no es ella. Madame de Dalle huele a magnesio. Para colmo, cuando me sintió cerca, cerró los ojos y entreabrió los labios de una manera casi obscena. ¿Es que no le da vergüenza? Entre ella y la señorita Daphne van a lograr que pierda

el respeto por cualquier mujer mayor de sesenta años. Hablando de la señorita Daphne, ayer envió al turista japonés que habita el cuarto contiguo al mío a rogarme que la visite. Mientras me repetía el mensaje, ha fotografiado mis baúles. Me he visto en la penosa necesidad de arrancarle la Nikon y quemar el rollo ipso facto. Mi trabajo se comienza a dificultar. Quizá lo más sensato sería trasladarme al Hilton.

Martes 20

He intentado partir. No puedo. Debo desentrañar quién es la misteriosa dama del cuartito encantador, o soñaré con su perfume el resto de mis días...

Mi cepillo de dientes ha regresado a su sitio. Tiene grabado en letras de oro “siempre tuya, B.”, y al llevármelo a la boca me ha invadido, gozosamente, la juguetona fragancia del “Fleur de Plume”. ¡Dios mío! Ella me ama. ¡Estoy tan nervioso! Me he saltado al baúl 10 sin darme cuenta, poseído por una excitación frenética. ¿Brigitte? ¿Brunilda? ¿Bárbara? ¡B! ¡B! ¿qué letra encantadora!... Si en la agencia M & Jeff supieran del estado en que me encuentro, me despedirían sin dudar.

Miércoles 21

Estoy paralizado. Hoy, cuando me dirigía a comprar el periódico, la señorita Daphne me ha sorprendido en la esquina vestida con tutú y se ha puesto a recitarme las partes más líricas de Dostoyevski. Tuve que llevarla a

su habitación y aplicarle benzocaína. Me duele verme obligado a rechazar el amor de una mujer por lo demás admirable, pero no es sólo su dentadura postiza lo que me detiene: mi misteriosa amada me ha dejado bajo las sábanas una preciosa pijama de pluma de pato, a la que he abrazado amorosamente durante toda la noche. Debo demostrarle que su pasión es absolutamente correspondida. He numerado mal el baúl 14, ¡estoy enamorado!

Jueves 22

He salido a desayunar con la pijama de pato. Quiquiera que sea, notará cuánto aprecio su regalo. No parece ser ninguno de los huéspedes que conozco. El japonés me ha fotografiado de nuevo y la hija de los hondureños —una preciosa quinceañera de quien sospechaba— me ha insultado con franca repugnancia. Estoy distraído, no puedo trabajar. Hoy salté entre los baúles como un simio de catorce años. ¡La amo desesperadamente!

Viernes 22

Hoy he cometido una locura. Fingiéndome cafeinómano, he ingerido catorce tazas de la enervante pócima a la espera de que todo el mundo se marchara al concluir el desayuno. Entonces he intentado escabullirme hacia el cuartito que habita mi amor. Por desgracia, cuando estaba ya a unos pasos de la primorosa puerta de madera con un corazón tallado a la manera suiza, mi

nerviosismo hizo que tropezara con el gato de la casa y la señorita Daphne, al escuchar el ruido, ha sufrido un colapso nervioso. El doctor interrumpió sus estudios para atenderla y dice que está grave. Me siento el más miserable de los hombres. Para colmo, comienzo a odiar mi trabajo. Abrir los baúles 16 y 17 me pareció un acto deleznable y mercenario.

Martes 27

Nada, absolutamente nada. Llevo tres días en cama, abrazado a mi querido pijama y leyendo a Balzac sin saber qué hacer. Debo levantarme, aunque sea para comprar el periódico. Hay que animarse. Decía mi padre que el amor termina pronto, y ahora que recuerdo mi matrimonio de cinco meses con Z., le empiezo a dar la razón. Trabajaré en el baúl 18, sólo para olvidar.

Jueves 29

La desgracia invade mi vida. La señorita Daphne ha fallecido, mientras intentaba bailar las dos partes del *pas de deux* de *Romeo y Julieta* (la parte de Romeo y la parte de Julieta) al mismo tiempo. Madame de Dalle ha subido bañada en lágrimas a pedirme que me encargue de la señorita Daphne pues, aunque subjetivamente, soy el ser más cercano a la fallecida rusa. ¡Dios mío! El doctor ha tomado el cadáver prestado por un par de horas, pues —me explicó— necesitaba justamente un cadáver para su siguiente experimento, y los de la morgue

los rentan carísimos. Jamás en toda mi vida me negaré a hacer alguna aportación a la ciencia por más pequeña que sea, pero espero que me devuelva a la señorita Daphne en buen estado. Además, eso me permite escribir durante un rato, antes de llamar a la funeraria. Mi corazón se aleja, con esta tragedia, de la misteriosa B., y el amor parece estar saliendo de mi vida furtivamente.

Viernes 30

Ayer enterramos a la señorita Daphne. La familia de hondureños, Madame de Dalle y yo hemos sido los últimos testigos de su presencia en este mundo. *Requiescat in pace*, Daphne Strogonovskaya Romanovna Gutiérrez. Hemos pasado la tarde rememorándola arracimados en el sofá de Madame de Dalle. Únicamente el doctor B. y el japonés se mantienen ajenos a la tragedia. Por cierto, el doctor se ha quedado con un ojo de la señorita Daphne para un interesante experimento. Me lo ha querido pagar, pero me he negado, convencido de su honestidad de hombre de ciencia. Encuentro el baúl 21 apasionante, pero no cabe ya en el baño. Quizá tenga que alquilar el salón de baile de la señorita Daphne.

Sábado 1

El japonés está deprimido por el deceso de la bailarina. ¡Y yo pensando que este oriental no tenía corazón! Apenas ha oído su desayuno para levantarse bañado en lágrimas y escapar a su cuarto como una quinceañera.

Comienzo a sentir un gran apego a la pensión de Madame de Dalle. Somos una pequeña familia, muy unida. Los hondureños, incluso, tienen la intención de comprar un arbolito de Navidad pues —dicen— a la pensión le falta calor de hogar. No les hemos dicho que estamos en abril para no herir susceptibilidades, ¡la intención es tan buena! ¿A qué estropearla con el deleznable y banal sentido común? Mi samovar espera humeante su visita.

El baúl 22 difiere notablemente del 23. Algo de esto me habían mencionado en la agencia... El trabajo se dificulta, como siempre. Ya alquilé la otra habitación. Hay más espacio, aunque a veces, por equivocación, trabajo sin darme cuenta en el espejo durante horas. Lo tengo que cubrir con una franela para no volver a perder el tiempo. No debí alquilar el salón de baile.

Martes 4

¿Por qué? ¿Por qué ahora que me había curado de tanto amor aparece así? No puedo dormir, no he comido nada en dos días y les he gritado a los hondureños. Me voy a volver loco. Y es que la *vi*. Hace un par de días fui a buscar el periódico y de regreso ¡ahí estaba! Tallaba su nombre en mi rasuradora eléctrica, transida, y al verme entrar a la habitación intempestivamente se puso pálida como una acacia. Apenas pude ver su silueta y el primoroso mandil blanco que llevaba, pues salió como una ráfaga dejando tras de sí la fragancia de “Fleur de

Plume”— en mi marchito corazón y su mágico nombre esculpido en letras romanas sobre el plástico rojo de mi rasuradora: ¡Bunsen! ¡Bunsen! repito tu nombre como el del mismo Dios. ¿Por qué te ocultas así? ¿Por qué no me dejas verte? Entonces era ella la que doblaba mis camisas y las encuadernaba con tanto primor, la que ha hecho mi cama de manera tan perfecta que sólo puedo entrar por un lado (pues el resto está firmemente cosido con punto de cruz), la que ordena mis objetos personales en forma tan artística. No me queda más que esperar. Debo levantarme y pedir disculpas a los hondureños. He sido un loco.

Miércoles 5

Mi desodorante tiene una guirnalda. La he visto extasiado durante toda la mañana. Después, he dispuesto mis píldoras para dormir de manera que se lee “Bunsen, te amo”, sobre mi mesilla de noche. Quisiera saber qué color le gusta y sorprenderla con un regalo. La verdad, no sé qué me detiene cuando intento hablarle a Madame de Dalle de todo esto. ¿Será esa manera de inclinarse hacia atrás y abrir la boca? Supongo que sí.

Jueves 7

El doctor B. me llamó anoche a su habitación: quería mostrarme el conejo que ha producido con el ojo de la señorita Daphne, pero cierto respeto a la memoria de la rusa apasionada me impidió apreciar lo que, según

el doctor, es un verdadero portento. Bunsen ha respondido a mi mensaje. Con mi rasuradora, ha escrito “yo también” en la piel de oso que siempre pongo al pie de mi cama. Soy el hombre más feliz del mundo. Ahora sé con certeza que *ella* me ama.

Sábado 8

No logro recordar en qué baúl estaba. ¡Ah, el amor!

Lunes 10

Hoy ha llegado un nuevo huésped. Es un suizo que ocupará la habitación de la señorita Daphne. Hemos pasado toda la comida intentando pronunciar su nombre. Únicamente el japonés lo ha logrado, después de fotografiarlo repetidas veces articulando cada letra. Me pregunto a qué grado llegará la disciplina escolar en aquella isla oriental. En todo caso, ha sido un golpe de suerte, pues he logrado preguntar a Madame de Dalle quién es Bunsen. Como estaba ocupada en articular el sonido “tgz”, no le fue posible hacerme la jugarreta de siempre, pero ha quedado muda. Lleva exactamente cinco horas sin hablar, y el doctor B. está muy ocupado con una peritonitis que vino a visitarlo. Dice que la atenderá mañana.

Mi adorada Bunsen ha puesto mis pantalones cuidadosamente doblados en la bañera. ¡Querida mía! El

amor nos afecta a ambos por igual. Yo, por mi parte, me he vuelto a equivocar de baúl.

Martes 11

Ahora veo que hay un misterio en todo esto. Madame de Dalle rehúye mi presencia. Por otro lado, la sorprendí hoy revisando mi habitación. Al ser descubierta, ha salido corriendo con mi toalla azul en la cabeza, pretendiendo esconderse. ¿Qué buscaría? Seguramente algo relacionado con mi adorada Bunsen. ¡Si sólo pudiera verla, hablar con ella...! Intentando distraerme de todo el asunto, he trabajado en mis baúles como un loco, sin método ya. M & Jeff podrán, temo, prescindir de mis servicios más pronto de lo que creen. Ya no soy útil. He ido a contar el problema a los hondureños, desesperado, pero siguen ocupados con la pronunciación del suizo. La gente a veces es egoísta...

Viernes 14

Silencio y desolación. Ni una señal de Bunsen. Madame de Dalle sigue jugando a las escondidas. Yo, por mi parte, trabajo en el baúl 55, elegido al azar. La vida es un desierto.

Domingo 16

Una esperanza. Un ligero sabor a —“Fleur de Plume”— en mi pasta dental. ¿Sabrá ella que con eso no hace más que aumentar mi dolor?”. Llevo cuatro horas aullando,

de tal manera que el suizo ha irrumpido en mi cuarto con su equipo de primeros auxilios. Tuve que fingir que nada me ocurría, por el temor de tener que llamarlo por su nombre y cometer alguna equivocación imperdonable. De no ser así, hubiera llorado en sus brazos. ¿Cómo puedo amar con tanta intensidad a una sombra con mandil blanco, a una figura que sólo he visto por un segundo? Aun así, no dejo de notar su presencia en las cosas más imperceptibles. Además del perfume en la pasta dental, ha puesto el spray para el aliento en mis mocasines. ¿Distracciones? ¿Mensajes en clave? Estoy a un paso de volverme católico...

Viernes 21

Silencio total durante la semana. Al cabo de cinco noches de insomnio en mi pijama de pato, he decidido encerrarme en el baúl 57 hasta que aparezca.

Martes 25

Llevo tres días de encierro en el baúl. Huele un poco mal. Mi mente da vueltas mientras escucho al japonés fotografiarme y a la familia de hondureños que ahora juegan a la matatena encima de mi nuevo hábitat. No me importa. En todo caso, he pensado en instalar un teléfono por si llamaran de M & Jeff para algo importante. En todo caso, mi despido sería lo más lógico. Mi vida es una catástrofe. Si fuera un hombre más razonable, me iría al Hilton e intentaría olvidar a Bunsen.

Miércoles 26

Algo en lo que no habría reparado: alguien abre mi baúl mientras duermo. De no ser así, no encontraría un huevo frito cada mañana frente a mí. Quisiera que también se llevaran los platos, pues comienzo a no caber en el baúl. Ahora mismo, un vaso de jugo de naranja está a punto de desnucarme si me muevo un centímetro.

Martes 1

Me encuentro en la habitación 304 del hotel Hilton. Los terribles sucesos ocurridos los días 27 y 28 me han obligado a abandonar para siempre aquella pensión. La historia es la siguiente:

La madrugada del jueves 27, preso de un ataque de tos producido por las plumas de mi pijama, me vi obligado a salir por un momento del baúl 57, en la necesidad absoluta de buscar un vaso de agua. Grande fue mi sorpresa al descubrir que me hallaba, ni más ni menos, en la habitación de mi adorada Bunsen. ¿Me habría llevado hasta ahí ella misma en sus dulces brazos? De ser así, ¿cómo fue que no resentí los tumbos de cuatro tramos de escaleras? Mientras me hacía estas preguntas, inhalaba extasiado la fragancia del Fleur de Plume que calmaba mi tos y enloquecía mis sentidos. “Bunsen”, murmuré, llamando a mi amada. “Bunsen, si no te dejas de esconder me mataré”, y llevado por la desesperación pensé en sacarme los ojos con la cerradura de mi baúl, antes que seguir siendo torturado así. Entonces,

mi amada apareció a la mitad de la habitación, bañada en lágrimas.

Sí, mi amada Bunsen era un espectro. Un espectro al que, según me contó entre sollozos, Madame de Dalle tenía trabajando en su casa de manera despiadada, bajo amenazas graves. Era el espectro más bonito que he visto, con un lunar debajo del ojo izquierdo. Caí postrado a sus pies, rindiéndole mi admiración y ofrendándole mis lágrimas. Después pude decirle todas las palabras de amor que se me vinieron a la cabeza, mientras ella reía coquetamente y, como es lógico en el amor, quise abrazarla, pero hacer esto con un espectro es imposible, así como quitarle la ropa. Bunsen había muerto de un soponcio con el uniforme puesto, y aquella era su única, su eterna imagen. Pero no me importó. Por fin estaba con ella, cantando alegremente y embriagándome en su perfume, engolosinado, prometiéndole un futuro sin tareas domésticas en la lejana isla de K., donde viven algunos parientes míos que seguramente la adorarían. Planeamos cuidadosamente nuestra escapatoria, y mientras ella desplumaba mi pijama llevada por la pasión, dejó salir un pequeño chillido emocionado. Un chillido gracioso, romántico, de perico australiano, y que sin embargo desató la catástrofe sobre nuestras vidas.

Antes de que pensáramos en levantarnos para partir, Madame de Dalle estaba ya en la puerta, armada de varios globos de oxígeno combustible.

—¿Acaso no está satisfecho con los servicios que ofrece la pensión, señor Q. W.? —me dijo, de una manera vulgar e insultante.

Jamás hubiera pensado que detrás de aquella viejecita lasciva y con calcetines habitara la auténtica maldad. Pero Bunsen la encaró valientemente:

—Con tal de no pagarme prestaciones, fuiste capaz de matarme, tía Antoinette. Ahora el mundo entero lo sabrá.

¡Su propia tía! Dios mío, qué historia se develaba ante mis ojos. La miseria humana no tiene límites. La conciencia política de mi amada no sólo la hacía ver hermosa, sino admirable. La besé apasionadamente, tratando de olvidar el sabor a aire, y ambos dimos un paso al frente, decididos a pasar sobre el cadáver de Madame de Dalle.

Pero la terrible tía liberó el oxígeno de sus globos, y mi amada Bunsen desapareció para siempre. La vi desvanecerse entre lágrimas, mientras apretaba los dedos en el cuello de Madame de Dalle, la mujer que había asesinado a su sobrina para que su fantasma tendiera las camas y arreglara los cuartos sin cobrar sueldo ni alimentación. La vieja gritaba como una loca mientras yo la ahorcaba. La pensión entera bajó a escuchar el ruido, y con grandes trabajos me convencieron de que no cometiera un justo crimen. Aún así, oyeron aterrados y estupefactos las acusaciones terribles que hice a aquel engendro.

Ellos también se han cambiado al Hilton. El castigo de Madame de Dalle será la pobreza, la humillación, la vergüenza, la soledad, el infortunio y la culpa por el resto de sus días. El mío será rememorar para siempre a mi amada cenicienta espectral, mientras la familia de hondureños me ayuda con el baúl 64, cuyo contenido, después de esta historia, apenas me resulta interesante.

**Baúl
de cuentos
extraños
se terminó
de editar en noviembre
de 2019 en las oficinas
de la Editorial Universidad
de Guadalajara, José Bonifacio
Andrada 2679, Lomas de Guevara, 44657
Guadalajara, Jalisco**

Modesta García Roa
Coordinación editorial

Sofía Reyes
Cuidado editorial

Maritzel Aguayo Robles
Diseño y diagramación

